

18. nov. 08
18 mayo 06
SICS

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Un héroe más para la mitología

Al Teniente Kijé

*A Doña Carmen Rull,
la mejor Madre...*

De: Juan García Guerra

PERSONAJES:

(En orden de intervención)

- El Locutor
- La Madre
- David Morales
- Pedro Núñez
- El Presidente
- El Jefe de las Fuerzas Armadas
- Manuel Pérez
- Un Héroe Delgado
- Un Héroe Gordo
- El General Papini
- El Borracho Político
- El Borracho Práctico
- Primer Joven
- Segundo Joven
- Tercer Joven
- El Control
- El Pintor
- La Falsa Madre
- Un camarero, dos militares, periodistas,
fotógrafos y gente.

108 4389

MORSALES
C.1

Un héroe más para la mitología

ACTO UNICO

Primer Cuadro

(Por un altoparlante se escucha: "Atención, atención... Al raso David Morales, al raso David Morales... Presentarse a la sala de visitas, presentarse a la sala de visitas... Atención, atención..." Una marcha ruidosa y llena de vitalidad irrumpe inesperada. Se abren las cortinas. Estamos en la sala de visitas de un cuartel militar. Una silla. La Madre entra y mira. Se sienta. A su lado coloca un pañuelo atado con algo adentro. Disminuye el volumen de la marcha. Se escuchan voces; conversaciones aisladas, ambiente de triste despedida; ocasionalmente, una armónica de boca.)

LOCUTOR.— Aquí estamos en el inmenso patio del Fuerte Nacional. Ya se encuentran alineados los inmensos camiones que conducirán a nuestra valiente juventud al campo de batalla. Se observa un gran movimiento por todas partes. Los soldados hablan entre sí. Lucen animados. Afuera, junto a las puertas, la multitud entusiasmada espera la partida. Alguien corre. La policía militar también corre. Parece que una persona logró traspasar los límites y ahora es conducido... cortésmente fuera de él. ¡Oh! señoras y señores, allá alcanzamos a ver un grupo que danza. Un grupo de soldados. Sí, uno interpreta una melodía en su armónica de boca y los demás se han dividido en parejas. ¿No escuchan ustedes la melodía? *(Se escucha y es muy triste.)* Todos miran hacia este espectáculo. ¡Es maravilloso! señoras y señores. Lamento muchísimo que no puedan ustedes presenciarlo. Da verdadero gusto ver cómo los jóvenes, nuestros jóvenes, se preparan para el cumplimiento de su deber. *(La marcha vuelve a su volumen original. Ha*

entrado David Morales con uniforme de campaña. Se detiene y mira a la Madre. Lo ve y se levanta, camina hacia él. David corre y se tira en sus brazos. Hay palabras entre ellos, pero la música no deja escucharla. La Madre, en un raptó de veneración, acaricia el rostro de su hijo, quien, con delicadeza, se desprende y se aleja de ella; parece como si con ese alejamiento tomara fuerzas para no llorar. La música pierde volumen.)

MADRE.— ¿Por qué te alejas de mí? ... ¿Acaso hice mal con venir?

DAVID.— ¡Qué cosas se te ocurren!

MADRE.— Estás más delgado, David.

DAVID.— El entrenamiento ha sido fuerte.

MADRE.— Hijo mío. (Toma entre las suyas las manos de él.)

DAVID.— Ven, ven, siéntate. (La conduce a la silla y hace que se siente.)

MADRE.— ¿Cuándo se marchan?

DAVID.— Queda poco tiempo.

MADRE.— ¿Cuánto?

DAVID.— Cinco minutos... Diez... No sé. (Se sienta en el suelo.)

MADRE.— Te dije que no debías presentarte como voluntario.

DAVID.— ¿Mamá, para qué hablar de eso ahora?

MADRE.— ¿Qué va a ser de mí? ¿Quién va a alimentarme?

DAVID.— Mi paga de soldado sigue corriendo.

MADRE.— ¿Y si te matan?

DAVID.— Hay muchos que vuelven.

MADRE.— Hay muchos que faltan.

DAVID.— Nunca he tenido mala suerte.

MADRE.— La suerte es algo caprichosa.

DAVID.— Se dice que pronto acabará todo.

MADRE.— De haberte quedado en casa, no nos importaría ahora...

DAVID.— Mamá... pronto me llamarán; no amarguemos nuestros últimos momentos.

MADRE.— Tienes razón. Tienes mucha razón.

DAVID.— ¿Y tú? ... ¿Te sientes bien?

MADRE.— ¡Ay! A mi edad, los achaques difícilmente nos dejan... Sí. Estoy perfectamente bien.

DAVID.— ¿Sabes una cosa, mamá?

MADRE.— ¿Qué?

DAVID.— No quiero, pero... los ojos se me llenan de lágrimas.

MADRE.— Pobre, pobre niño. ¿Va a llorar el soldado David Morales? (Acerca su hijo al pecho y lo acuna.)

DAVID.— (Recuperándose.) No hay que preocuparse; siempre he sido muy llorón, tú lo sabes.

MADRE.— ¿Por qué esta matanza? ¿Por qué?

LOCUTOR.— Fuentes fidedignas nos han informado, que con estos refuerzos que recibirá el ejército, la guerra es un asunto terminado. En el día de hoy, dos mil soldados apertrechados marchan al frente para librar la batalla definitiva en contra de la tiranía que ha intentado establecerse de nuevo en nuestro país. Los dos héroes nacionales han declarado que la llegada de la paz es ya cosa de horas. Ellos, quienes supieron derrocar al sátrapa que nos desgovernaba; que supieron elegir un sucesor; que han sabido enfrentarse contra los intentos de retorno de la dictadura, ahora sabrán, junto al actual presidente —Dios los conserve en salud—, gobernar para la paz. ¡Vivan nuestros dos héroes! ¡Viva nuestro presidente! (Marcha.)

MADRE.— Los dos héroes, el presidente, el otro presidente... El ejército, la guerra, la muerte... Las muertes... ¡Dios! no logro entenderlo muy bien, no logro entenderlo muy bien... ¿Sabes, hijo? Anoche recé y le dije a Dios que perdonara El los culpables de todo este desastre, porque yo no podía perdonarlos. Yo no puedo perdonarlos. Quisiera verlos a todos colgando por el cuello de los más altos árboles. Y yo, subirme en los hombros de alguien y escupirlos, tirarles barro, piedras, pegarles fuego... No, no creo que eso me satisfaría. (Solloza.)

DAVID.— Madre, no llores. Recuerda que nuestro tiempo es corto y no es bueno que lo pasemos tristes.

MADRE.— No, no es bueno, lo sé; pero es que no encuentro de dónde agarrarme para estar alegre. ¿Alcanzas tú a ver algo divertido?

DAVID.— (Se levanta y da unos pasos.) Hay cosas.

MADRE.— Hay cosas...

DAVID.— (Arrodillándose frente a ella.) Por ejemplo... ¿Recuerdas aquel muchacho que fue conmigo a casa un día de licencia? ... Aquel muy nervioso, muy tímido, muy buena gente, que vive al otro lado de la montaña.

MADRE.— Sí, sí; Pedro Núñez es su nombre, ¿verdad?

DAVID.— Exacto. Tienes buena memoria.

MADRE.— ¿Qué pasa con él?

DAVID.— Pues bien... este... se muere de miedo.

MADRE.— Se muere de miedo... ¿Y?

DAVID.— ¿Cómo decirlo? ... Nos acostamos en catres contiguos, y... no me deja dormir.

MADRE.— ¿Ronca?

DAVID.— No, no; no ronca... Se pasa la noche del catre al sanitario.

MADRE.— Le cae mal la comida.

DAVID.— No... De puro miedo, te digo.

MADRE.— ¡El pobre!

DAVID.— La idea de la guerra lo está deshidratando. De día no se atreve a ir y se aguanta las ganas —no quiere que los compañeros se den cuenta—; pero de noche... es continuo, como la chorrera que queda cerca de nuestra casa. A mí me lo cuenta todo porque me tiene confianza. Si lo vieras: por la mañana tiene que caminar con las piernas separadas. *(Ríe.)*

MADRE.— *(Poniéndose de pie.)* ¡David...! ¿Te encuentras eso gracioso?

DAVID.— Bueno... no sé... *(También se pone de pie.)* Es lo más simpático que tenemos... Naturalmente, yo... yo no le he dicho nada a nadie.

MADRE.— Es lo que esperaba de ti.

LOCUTOR.— Según parece, ya se ha dado la orden de partida. Los soldados corren a colocarse en perfecto orden. Se diría que están ansiosos por marchar a la guerra. ¡Qué espectáculo, señoras y señores! ¡Qué espectáculo! *(Marcha.)*

DAVID.— Entonces...

MADRE.— ¿Ya?

DAVID.— *(Asiente con la cabeza. Se acerca a ella y la besa en la frente.)* Adiós... mamá.

MADRE.— Espera, espera... Es importante. Quiero que me respondas con sinceridad.

DAVID.— Sí.

MADRE.— Dime: ¿recuerdas tus oraciones?

DAVID.— Sí.

MADRE.— ¿Todas?

DAVID.— Sí.

MADRE.— ¿No decides, como has hecho siempre, dejarlas para el otro día, porque estás cansado?

DAVID.— No, te lo juro... Adiós, mamá.

MADRE.— *(Sujetándolo.)* Es importante, David. En estos momentos, sólo Dios nos puede ayudar. Debemos tener fe. Debemos ser piadosos. Debemos...

DAVID.— Mamá. Tengo que marcharme. Dame la bendición.

MADRE.— Recuerdate de lavar tu ropa interior, David. Recuerda lavar tus medias; si no lo haces no duran nada... David... Nunca te pongas en primera línea. Nunca...

PEDRO.— *(Desde fuera.)* David, David Morales. ¿Dónde te has metido?

DAVID.— Aquí, en la sala de visitas. Ya voy.

PEDRO.— ¿Qué diablos estás haciendo? ¿No ves que ya...? *(Entra.)* ¡Oh! saludos, señora.

MADRE.— *(Después de una pausa en que se repone.)* Saludos, Pedro Núñez. Precisamente, hace un momento, hablábamos de usted.

PEDRO.— ¿No estaría su hijo divirtiéndose a mi costa?

MADRE.— No, no; simplemente lo recordábamos. Pasamos un día tan agradable aquella vez. *(Nuevamente va a llorar. Baja la cabeza y se tapa la boca con el pañuelo.)*

PEDRO.— Sí... fue... un hermoso domingo... Bueno... este... Lamento no poder quedarme a conversar un poco con usted, pero ya... ya es la hora... ¿No escuchaste lo que dijeron por los altoparlantes? Ya han dado la hora de partida; date prisa... eres el único que falta... Hasta la vista, señora.

MADRE.— Hijo... *(Lo sujeta por ambos brazos.)*

DAVID.— En seguida voy.

PEDRO.— Eso... Eso... Hasta la... Adiós... *(Se va.)*

MADRE.— David. *(Se tira sobre su pecho, convulsionada.)*

DAVID.— Adiós, mamá.

LOCUTOR.— No hay un solo momento de flaqueo; nada que hiciera pensar en la indecisión o el temor. Marchan con la frente en alto; pasos firmes y sonoros. El sol parece como si brillara especialmente para ellos en un cielo impecablemente azul. La gloria espera a esta valerosa juventud de nuestro país. Escuchen sus pasos: uno, dos, tres y cuatro; uno, dos, tres y cuatro; uno, dos... Ya comienzan a abordar los camiones. *(Por sobre el sonido de los pasos que marchan, se escucha fuerte la música, ahora se nos antoja arrítmica. El hijo ha besado a la madre y ella ha contestado con una verdadera lluvia de besos y caricias. Al fin se han separado. Las manos quedan enlazadas en el vacío que las separa. Finalmente, ya el muchacho no está.)*

MADRE.— Cuídate, hijo... Cuídate, David... Recuerdate de... *(Se da cuenta de que ha olvidado entregarle el paquete. Lo coje y va tras él. Ya es tarde. Desolada, mira a todas partes. Respira profundamente y sale.)*

LOCUTOR.— Los camiones han sido encendidos e inician su

marcha por debajo de la gran puerta de esta fortaleza que ha sido adornada con flores de todos los colores. La multitud grita eufórica. Ellos saludan con la mano, con sus pañuelos. ¡Cuánta alegría, señoras y señores! ¡Cuánta alegría! Este es un gran momento. Este es quizás el más grande momento de nuestra historia. *(Las luces se apagan. Unos cuantos acordes de la marcha rubrican la escena. Un minuto de silencio.)*

Segundo Cuadro

(Se encienden las luces. Es un salón del Palacio de Gobierno. Varias sillas y una radio. Están reunidos: el Presidente, el Jefe de las Fuerzas Armadas, Manuel Pérez, el Héroe Delgado y el Héroe Gordo, quien viste uniforme.)

LOCUTOR.— Lamentamos no poder hacer llegar hasta ustedes buenas noticias. Lo lamentamos, pero, es un deber nuestro mantener a nuestro amado público; a nuestro querido pueblo, informado de la realidad. La realidad es, señoras y señores, que nos va muy mal. Muy mal. Todo parece indicar que nuestros ejércitos han sido vencidos, si no en su totalidad, al menos parcialmente. Se rumora que las fuerzas de nuestro expresidente han barrido con el ejército y los refuerzos de dos mil voluntarios que últimamente fueran enviados al frente.

PRESIDENTE.— ¿Lo ven? ... Lo había dicho; no era tan fácil.

JEFE.— Silencio.

LOCUTOR.— También se rumora insistentemente en nuestras calles que el General Papini, Jefe de Operaciones, ha abandonado sus fuerzas y que se encuentra en camino de esta Capital. Nos hemos puesto en contacto con nuestras fuentes en el interior y pronto recibiremos la confirmación de esta importantísima noticia. Les recomendamos no perder nuestra sintonía, les recomendamos...

JEFE.— *(Apagando la radio.)* Este locutorzuelo de mala muerte está hablando más de lo que le conviene. Me parece que tendré que hacer que le hagan una visita rápidamente.

PRESIDENTE.— No es culpa suya. ¿Qué quiere usted que haga? Ya escuchó que todos lo comentan por las calles.

JEFE.— Si desplegamos las fuerzas por "toda" la ciudad, "todos" callarán, mi querido señor Presidente.

PRESIDENTE.— ¿Y qué ganaremos con eso?

PEREZ.— El rumor es el arma más terrible, ¿no es así?

DELGADO.— Así es.

GORDO.— Sí señor.

PRESIDENTE.— ¡Oh, Dios! todo, todo nos está saliendo mal. Y para colmo, esta falta de informaciones oficiales; de todo se entera uno por las calles. Señor Jefe de las Fuerzas Armadas, debió usted organizar mejor el sistema de comunicaciones de su ejército.

JEFE.— Está perfectamente organizado.

PRESIDENTE.— Se nota: desde hace tres días, cuando el generalote mandó a decir que estaba cercado, no hemos recibido ni siquiera una tarjeta postal.

JEFE.— ¿Y qué quiere? ... Hemos sido derrotados. Cuando se está huyendo no se piensa en mandar mensajes.

PRESIDENTE.— ¡Huyendo!

JEFE.— Ustedes tienen la culpa. Nunca debí meterme en esto... "Es muy fácil, ya está derrotado; el resto será cuestión de una semana." ¡Una semana! Meses, llevamos ya. ¡Y todo lo que hemos perdido! : el último parte que recibí, decía que las bajas habían ascendido a mil doscientos hombres y que casi la totalidad del equipo estaba completamente perdido... Los hombres no me preocupan tanto; hay más de diez mil solicitudes para ingresar en el ejército, ¡pero el equipo! ¿Dónde voy a conseguir dinero para renovar el equipo?

PRESIDENTE.— ¡Qué barbaridad, qué barbaridad! Pensar en dinero en estos momentos.

JEFE.— No me queda otro remedio. En los tiempos pasados; con el anterior presidente, no tenía que preocuparme por nada. Todos los meses recibía una cantidad para la manutención de las tres fuerzas, la renovación del material bélico y un renglón para gastos imprevistos. Pero ahora, por culpa de ustedes, golpistas, he tenido que rebajarme a comercial como un vulgar dependiente. El sentido de autoridad se ha relajado con el simple contacto del regateo. ¿Cómo es posible respetar a un militar, no importan sus cuarenta y tres condecoraciones, si se ve obligado a codearse con tenderos y bodegueros para poder mantener las fuerzas salvadoras de la nación?

PRESIDENTE.— No sé por qué dice usted que es culpa nuestra; las arcas nacionales están vacías.

JEFE.— ¿Y por qué están vacías? ... Ustedes tres pueden responderme eso.

PRESIDENTE.— ¿Yo?

DELGADO.— ¿Yo?

GORDO.— ¿Y yo?

JEFE.— Sí, los tres.

DELGADO.— ¿Qué insinúa? ... ¡No querrá decir que nosotros hemos... robado! ... ¿O acaso lo dice? ... ¿Lo dice? ... ¿Quiere usted que le recuerde el contrabando de cigarrillos, bebidas y narcóticos en los barcos de la Marina?

JEFE.— ¿Cómo se atreve...?

PEREZ.— Señores, por favor... No es necesario llegar a esos extremos. Todos sabemos que aquí, el único que robó las arcas del Estado fue el anterior presidente; todos sabemos, también, que el único que contrabandó utilizando vehículos oficiales, fue él mismo. ¿Por qué entonces culparse entre ustedes?

PRESIDENTE.— Nuestro secretario tiene razón.

DELGADO.— Sí.

GORDO.— Sí.

PRESIDENTE.— No podemos olvidar, en ningún momento, que el depuesto presidente era un hombre muy hábil, inescrupuloso, vil...

PEREZ.— Señor Presidente, que era, no; que es, que es muy hábil, inescrupuloso, vil y etcétera.

PRESIDENTE.— Sí. Desgraciadamente, aún lo sigue siendo. Desgraciadamente.

JEFE.— ¡Ah! Pero si llego a enterarme de que todo estaba tan mal preparado, les juro, les juro por lo más sagrado, que no respaldo en ningún momento un golpe de estado tan absurdo.

PRESIDENTE.— Las ratas abandonan el barco que se hunde. ¿Qué otra cosa cabría esperar de usted?

JEFE.— ¿Qué quiere decir con eso?

PRESIDENTE.— Exactamente lo que usted se imagina.

JEFE.— Le aconsejo que no me falte el respeto, porque en ese caso...

PEREZ.— Señores, señores. No es momento de discusiones; la casa dividida se destruye fácilmente... ¿Me equivoco?

PRESIDENTE.— No.

DELGADO.— Tiene usted toda la razón.

GORDO.— En absoluto.

PEREZ.— Perdonen que yo, un simple secretario, Manuel Pérez, hijo de otro Manuel Pérez cualquiera, nieto de un Manuel Pérez que murió de indigestión, me entrometa en los altos asuntos del gobierno que en realidad no son de mi competencia; pero me parece que, dada la situación actual, debemos ocuparnos en tratar de buscar una solución satisfactoria para todos. Nunca discutir.

PRESIDENTE.— Eso es.

DELGADO.— Sí, eso es.

GORDO.— ¿Cuál solución?

PEREZ.— Por favor, siéntense, y por favor, procuren calmarse. *(Todos se sientan.)*

GORDO.— Ya estamos sentados.

DELGADO.— Comencemos.

PEREZ.— Bien... Lo primero es esto: ¿Cuál es nuestra verdadera situación?

GORDO.— ¡La situación!

PRESIDENTE.— ¿Cómo saberlo?

PEREZ.— Muy fácil, me parece: ya escucharon ustedes por la radio que el general Papini se encuentra en camino hacia esta Capital.

GORDO.— Eso es sólo un rumor callejero.

PEREZ.— Desgraciadamente, esos rumores pocas veces se equivocan.

JEFE.— Si es verdad, pueden jurarlo; tan pronto llegue... lo fusilo por traidor.

PEREZ.— Calma, calma. Continúo: de eso se desprende que nuestras fuerzas han sido diezmadas. O sea que, quedan dos posibilidades: la primera; que preparemos otro ejército, y la segunda; que nos preparemos para la nueva toma de poder del antiguo presidente.

GORDO.— La primera, la primera, la primera.

PRESIDENTE.— Sólo queda una: la primera.

PEREZ.— No creo que sea tan fácil decidir; ni creo que podamos hacerlo ahora mismo. Por lo tanto, lo más hábil, creo, es que consideremos las dos posibilidades.

PRESIDENTE.— Me parece justo.

GORDO.— Pero, si ese hombre viene...

PRESIDENTE.— Sí. Ustedes dos tendrán que poner los pies en polvorosa.

GORDO.— No es justo, entonces.

DELGADO.— No, no lo es.

PRESIDENTE.— El sacrificio de dos personas por la salvación de toda una patria, siempre es algo justo. Yo, por fortuna, no tengo nada que temer; estoy aquí porque ustedes dos me obligaron. Todos saben que al principio me negué.

JEFE.— Y yo, lo mismo. Después de todo, no tengo que ver con quién gobierne. Tengo que supeditarme al poder civil. Mi deber es defender la patria, pero naturalmente, fuera de la política. Lo que se decida finalmente, eso haré... siempre que no me perjudique.

DELGADO.— ¡Conque así están las cosas! Después que arriesgamos nuestras vidas; después que urdimos todo aquel plan para el derrocamiento; después que hemos tomado la vanguardia, al menos ahora, durante toda la guerra, ¿es así como se nos paga?

PRESIDENTE.— No podemos estar contra la historia. Según parece, ella ha decidido quién es el más fuerte.

GORDO.— Está bien... Está bien... Que venga. No me importa que venga... Ustedes hablan mucho, pero, después de todo, yo soy quien menos debe temer; soy un simple militar; obedezco órdenes. Usted, señor Presidente; usted, señor Jefe de las Fuerzas Armadas; y tú, mi querido compañero héroe, cargarán con toda la responsabilidad. Podré decir que en ningún momento estuve de acuerdo. Recuerden que nunca se ha escuchado una sola palabra mía por la radio. Nunca ninguna declaración en los periódicos. Yo nunca estuve de acuerdo, yo nunca estuve de acuerdo, yo nunca estuve...

DELGADO.— ¿Desertas?

GORDO.— ¿Qué?

DELGADO.— ¿Me traicionas?

GORDO.— ¿Qué quieres, mi querido compañero? ... Un muerto pesa menos que dos.

DELGADO.— ¡Malvado! *(Desde fuera se escucha un gran barullo.)*

PEREZ.— Silencio. *(Todos se levantan.)*

JEFE.— ¿Qué pasa?

PRESIDENTE.— No sé. Parece como si todo el pueblo hubiera gritado al mismo tiempo. *(Todos corren hacia una ventana. Manuel Pérez, a mitad de camino, se detiene.)*

PEREZ.— La radio... la radio... *(Todos se sitúan alrededor de la radio, cuando el Secretario la enciende.)*

PRESIDENTE.— ¿Qué creen ustedes?

GORDO.— ¿No será que...?

DELGADO.— De seguro han...

JEFE.— No quisiera pensar que...

PEREZ.— Esperen. Esperen.

LOCUTOR.— Repetimos, repetimos... Ha sido confirmada la desertión del general Papini, ha sido confirmada la desertión del general Papini... Hace algunas horas fue visto a unos cuantos kilómetros de esta ciudad, lo que hace suponer que ya se encuentra en ella. En estos momentos, las fuerzas del gobierno golpista se encuentran acéfalas y se espera para los próximos días un avance del depuesto presidente, que, según todo parece indicar, pronto vol-

verá a ocupar nuestra primera silla... No pierdan nuestra sintonía; seguiremos informando... seguiremos informando. *(La marcha se escucha brillante. Todos permanecen idiotizados alrededor de la radio. Pérez la apaga, después de un momento bastante largo. Todos van a sentarse lentamente y en silencio. Suspiran ruidosamente. Vuelven a suspirar aún con más ruido... Entra Papini. Todos se levantan.)*

PAPINI.— Señores...

PRESIDENTE.— ¡General Papini!

GORDO.— ¡General!

DELGADO.— ¿Usted?

JEFE.— ¿Cómo se atreve a presentarse aquí?

PAPINI.— ¿Cómo?

JEFE.— ¿Qué ha hecho? ¿Por qué ha huido? ¿Qué descaros es ése?

PAPINI.— Pero, señor Jefe...

JEFE.— Cállese, cállese; no se atreva a hablar, no se atreva a mirarme, no se atreva a... ¡No se atreva! ¡Hum!

PAPINI.— Pero, tengo que decirle...

JEFE.— Nada. No me diga nada.

PAPINI.— Es importante...

JEFE.— No quiero saber nada que venga de usted.

PAPINI.— Señor...

PEREZ.— Tal vez sea mejor dejarle hablar.

PRESIDENTE.— Sí. Que hable.

DELGADO.— Que hable.

GORDO.— Que hable.

JEFE.— Está bien, que hable... Vamos a ver qué se atreve a decir... ¡Basura!

PAPINI.— Todo está perdido. Nuestra derrota definitiva es cuestión de horas. Aquí está la lista de bajas: mil quinientos cuarenta y tres muertos; cerca de dos mil heridos, de los cuales, por lo menos ochocientos no volverán a servir. Sólo nos quedan unas cuantas compañías que...

PEREZ.— Un momento. ¿Nos quedan unas cuantas compañías?

PAPINI.— Sí, pero muy pocas. Con ellas sólo nos podríamos sostener unos cuantos días.

PEREZ.— ¿Cuántos?

PAPINI.— ¿Qué se yo? Ocho o diez.

PEREZ.— Señor Jefe de las Fuerzas Armadas, ¿en cuánto tiempo podría usted preparar un nuevo ejército?

JEFE.— Necesito por lo menos quince días.

PAPINI.— Quince días es demasiado.

JEFE.— ¿Me va a usted a decir que mi ejército no puede soportar una ridícula lucha por unos ridículos quince días?

PAPINI.— En otras circunstancias, sí, haciendo un esfuerzo sobrehumano, pero... Ahora no se puede. No se puede, porque la moral anda por el suelo.

JEFE.— ¿La moral? ... ¿Qué pasa con la moral?

PAPINI.— Los muchachos del ejército están descorazonados. Fue por eso que vine; temía una rebelión en cualquier momento.

JEFE.— ¿Una rebelión?

PAPINI.— Sí. Han sido demasiadas derrotas en muy poco tiempo, y además, no se quién les ha metido una serie de ideas en la cabeza, que de un momento a otro estallan. Les juro que de haberme quedado allá, por lo menos me hubieran linchado. Ya comenzaban a aparecer letreros por todas partes: "Papini, esbirro"; "Papini, testafarro"; "Papini, no sé que". Me miraban con los ojos torcidos y todas esas cosas, y...

PEREZ.— ¿Dijo usted que alguien les había metido ideas en la cabeza? ... ¿Qué ideas?

PAPINI.— Dicen que... que el señor Presidente no es más que un títere, y que el señor Jefe de las Fuerzas Armadas está con el que suba, y que ustedes dos traicionaron al otro por pura ambición personal, para poder... Perdonen; no me atrevo a repetirlo.

JEFE.— Dígalo. Es una orden.

PAPINI.— Para... poder robar con mayor tranquilidad.

GORDO.— Yo no, yo no. No estoy con el gobierno. Soy un militar. Soy un pundonoroso militar.

PEREZ.— Silencio.

PAPINI.— Como comprenderán, en esa situación lo mejor que pude hacer fue venir a avisarles. La vida de todos nosotros corre peligro. Tenemos que cruzar la frontera y marcharnos a cualquier otra parte. En sus últimas declaraciones el antiguo presidente nos amenazó de muerte a todos.

PEREZ.— ¿A todos?

PAPINI.— Incluyéndolo a usted. Dijo que todo el que había ayudado a este gobierno debía ser borrado de la faz de la tierra. Y los soldados me miraron a mí... A mí... El discurso fue transmitido por unos altoparlantes que nuestro ejército escuchaba perfectamente. La lista de nombre era completa, y debo confesarles que... que cada vez que mencionó a uno de ustedes... la tropa rió a carcajadas.

JEFE.— Una pregunta... ¿Mi nombre estaba en...?

PAPINI.— ¿En la lista? Sí, señor.

JEFE.— ¿Y se rieron cuando...?

PAPINI.— No. Cuando lo mencionaron a usted, guardaron silencio; pero... se les veía en las caras que querían reírse.

PEREZ.— Tiene usted que volver allá.

PAPINI.— ¿Quién? ¿Yo?

PEREZ.— Sí. Usted.

PAPINI.— Imposible. Salí escondido... Yo... Yo no quiero que me maten.

PEREZ.— Con esas declaraciones del depuesto presidente, la primera alternativa queda rechazada, desbaratada. Sólo nos queda la segunda; preparar un nuevo ejército. Necesitamos tiempo. Necesitamos tiempo.

PRESIDENTE.— Pero, ¿no oyó usted lo de la moral?

PEREZ.— Sí. Lo oí. Ya pensaremos en eso más adelante. Mientras tanto, tenemos que entretener al pueblo y al ejército. (*Al Jefe.*) Usted... Usted estudie las solicitudes de admisión a las Fuerzas Armadas. O mejor, no las estudie; acéptelas.

JEFE.— Bien.

PEREZ.— Nosotros, mientras tanto... preparemos un golpe de estado.

DELGADO.— ¿Qué?

PRESIDENTE.— ¿Un golpe de estado?

PEREZ.— Sí. Puro formalismo. Buscaremos a alguien a quien podamos gobernar, y diremos que se ha descubierto... que se ha descubierto... Bueno, todo.

PRESIDENTE.— Pero, ¿a quién le damos el golpe de estado?

PEREZ.— A usted, naturalmente... No importa. El pueblo nunca se da cuenta bien de quién es el perjudicado.

DELGADO.— Pero, ¿nosotros quedamos bien?

PEREZ.— Claro que sí.

DELGADO.— Entonces, aceptado.

GORDO.— Aceptado.

PRESIDENTE.— No divaguemos, por Dios. No creo que en la presente situación eso distraería mucho al pueblo. Ya saben ustedes que no nos toma muy en serio.

DELGADO.— Eso es verdad.

GORDO.— Sí.

PEREZ.— Sí. Tendríamos que inventar algo más. Algo...

PRESIDENTE.— Algo más contundente.

PEREZ.— Algo que los entusiasmara.

GORDO.— Sí.

PAPINI.— Recuerden que el pueblo está al tanto de todas nuestras derrotas. En todos los poblados por los cuales pasé, tenían sintonizada la radio con las últimas noticias.

PRESIDENTE.— ¡Maldita radio!

PEREZ.— Tenemos que borrar de sus mentes esa idea.

PAPINI.— Esa realidad.

PEREZ.— Esa idea... Nosotros dominaremos la situación. Los rumores no eran verdaderos: Señor Jefe de las Fuerzas Armadas, ordene decir a la gente de la radio que nos encontramos seguros en el poder, y que sino lo comunican pronto al pueblo, estamos dispuestos a demostrarlo con ellos.

JEFE.— Sí, señor. *(Sale.)*

PRESIDENTE.— Señor secretario, ¿se ha vuelto usted loco?

PEREZ.— El pueblo se traga cualquier cosa; al menos de primera intención.

PAPINI.— Pero, ¿cómo va a explicar mi presencia aquí? Ya todos lo saben.

PEREZ.— Usted es un traidor.

PAPINI.— ¿Yo?

PEREZ.— Ha desertado, ¿no?

PAPINI.— Me niego a seguir ese plan.

PEREZ.— ¿Y qué derechos tiene un traidor?

PAPINI.— Señores...

PEREZ.— Usted se vendió a las fuerzas enemigas. Organizó toda una compleja serie de rumores para hacer cundir el pavor. Rumores que debían culminar con su presencia aquí... Pero fue descubierto, pero fue descubierto...

PRESIDENTE.— ¿Por quién?

PEREZ.— Aquí está el elemento que nos faltaba. El que entusiasmará al pueblo: el héroe.

DELGADO.— ¿El héroe? ¿Qué héroe?

GORDO.— ¿Qué héroe?

PEREZ.— No. Ustedes dos ya no nos sirven... por el momento. Si vencemos al enemigo, tal vez; pero ahora... ahora necesitamos un héroe del pueblo. Alguien con quien ellos se identifiquen.

DELGADO.— Pero...

PEREZ.— A callarse... General Papini, deme usted la lista de bajas.

PAPINI.— Aquí está.

PEREZ.— Necesitamos alguien que no nos dé problemas.

GORDO.— Un muerto.

PEREZ.— Exactamente... A ver... *(Revisa la lista. El jefe regresa.)*

JEFE.— Orden cumplida.

PEREZ.— Gracias... A ver... Este: David Morales.

DELGADO.— ¿David Morales?

GORDO.— Morales.

PEREZ.— Todo listo. Tenemos el héroe... y el traidor.

PAPINI.— No... No... No permitiré que se me crea un traidor.

PEREZ.— Señor jefe de las Fuerzas Armadas, dé usted la orden.

JEFE.— ¿Cómo?

PEREZ.— Diga: queda usted detenido.

JEFE.— Queda usted detenido.

PEREZ.— Por vil traición a la patria.

JEFE.— Por vil traición a la patria.

PEREZ.— *(Palmetea.)* Soldados...

JEFE.— ¿Quién está detenido?

PEREZ.— Pongan la radio. *(El presidente lo hace. Entran dos militares.)* Por orden del Jefe de las Fuerzas Armadas, aquí presente, este hombre está detenido e incomunicado. Es sumamente necesario que no hable con nadie; ni siquiera con ustedes. Un asunto muy delicado. Si insiste en decirles algo, no vacilen en golpearle hasta hacerle perder el conocimiento.

PAPINI.— Pero...

PEREZ.— Llévenselo. *(Se escucha la marcha. Los militares se llevan al General.)*

LOCUTOR.— Atención... Atención...

JEFE.— Yo quiero saber...

PEREZ.— Vamos a escuchar. Vamos a escuchar. *(Las luces se apagan.)*

LOCUTOR.— Informamos a nuestro querido pueblo que las noticias que anteriormente transmitiéramos no eran verdaderas... No eran verdaderas... Del Palacio Presidencial nos han comunicado que todo no es más que una inmensa trama para hacer cundir el terror en la ciudadanía. Recomendamos que no se hagan eco de rumores, y que sólo escuchen esta emisora, la cual, desde este momento, voluntariamente, queda constituida en vocero oficial del Gobierno. Todo camina perfectamente bien. No hay nada que temer. *(Marcha.)*

Tercer Cuadro

(Las luces han sido encendidas poco a poco. Ahora la acción

se desarrolla en un bar. Varias mesas, sillas y una radio. Están presentes: los tres jóvenes, los dos borrachos, un camarero y, en primer plano, la Madre, con un telegrama en las manos.)

POLITICO.— (Ríe.) ¡Qué vergüenza!

PRACTICO.— ¿Por qué dices eso?

POLITICO.— ¿No escuchaste?

PRACTICO.— Sí, ¿y eso qué?

POLITICO.— Vamos, ¡por Dios! : no es un secreto para nadie la situación en que nos encontramos.

PRACTICO.— Ah, la situación.

POLITICO.— ¿No te das cuenta de que tratan de entretenernos?

PRACTICO.— Complazcámoslos; entretengámosnos... Mozo...

POLITICO.— A lo mejor se han llegado a creer que todavía tomamos leche en biberón.

PRACTICO.— Demostremosles lo contrario: (Al camarero, que se ha acercado.) mozo, tráiganos otra botella de ron. Oígalo bien... de ron; no de leche y mucho menos en biberón. (El camarero busca el ron, hielo, un paño y limpia la mesa, etcétera.)

TERCERO.— Es maravillosa la forma en que este señor puede conservar el buen humor. A su edad y todavía lo toma todo a broma. Yo...

PRACTICO.— Te he escuchado, hijo mío. Precisamente la edad es un factor importante. Importantísimo. Todo se aprende en este mundo y si hay algo difícil y doloroso es aprender a reírse de los demás y hasta de uno mismo; toma tiempo. Tiempo, ¿oyes? Tiempo. Ya yo tengo la edad necesaria.

TERCERO.— Dichoso usted.

PRACTICO.— No. No digas esa barbaridad. ¿Por qué dichoso yo? Reírse de uno mismo es tan aburrido como reírse de los demás y como tomárselo todo en serio. Es igualmente insopportable, con el agravante de que has llegado y lo sabes, a la última etapa. Después de esto: nada, "per saecula saeculorum".

TERCERO.— ¿Y un renacimiento de la fe en la humanidad?

PRACTICO.— Noooo... Esos son cuentos de camino; pura literatura. Después que el saber hace su hueco, no hay fe que pueda llenarlo. Además, no es posible tener fe en estos tiempos. La fe es un artículo de lujo que sólo los...

LOCUTOR.— Atención... Atención...

PRACTICO.— Apaguen eso.

LOCUTOR.— No pierdan nuestra sintonía. Dentro de los pró-

ximos minutos transmitiremos una noticia de vital importancia... De vital importancia...

PRACTICO.— ¿No ven que estoy hablando?

LOCUTOR.— No pierdan nuestra sintonía. (Marcha.)

PRACTICO.— Estoy hablando "ex-cathedra".

POLITICO.— Cállate.

PRACTICO.— Para lo que van a decir... mejor escuchar mis doctas palabras. Estoy instruyendo a la hermosa juventud que tanto necesita de nuestra experiencia... Eh... ¿de qué estábamos hablando? ... Esa maldita radio... Oye tú, muchacho, ¿de qué estábamos hablando?

TERCERO.— Iba usted a decir algo sobre la fe.

PRACTICO.— ¿Sobre la fe? Diablos. ¿Para qué voy yo a hablar de la fe? ... De la fe que se ocupen los curas y de los que crean en ella... No, no es de la fe que yo hablaba; me estaba refiriendo a la experiencia. Sí. Decía que... la experiencia es importante; que sin la experiencia... no es posible reírse de uno mismo... Eso. Eso. Los jóvenes sólo están buenos para que los mayores se rían de ellos. Ja. Tantas palabras; tantas vainas. No saben nada de nada. Viven soñando castillos y al final... nada.

TERCERO.— Usted se equivoca.

PRIMERO.— Deja ese hombre; no ves que está borracho.

TERCERO.— Quiero hablarle.

PRACTICO.— Voy a demostrarte la gran verdad: si de mí se ríen y yo no respondo con una carcajada, se han burlado de mí; ahora bien, si de mí se ríen y yo también me río, el que se ríe de mí y yo hemos pasado un buen momento y nada más. Veamos entonces yo me río de ti, y ¿qué tú haces? como buen joven te pones a pelear y tratas de demostrarme que tienes la razón; que la juventud siempre tiene la razón. Estás perdido. ¿Una demostración? Ahí va: Ja, ja, ja, ja, ja...

TERCERO.— Y yo le respondo: Ja, ja, ja, ja, ja... (Todos ríen.)

PRACTICO.— Bien, bien... Poco espontánea la risa, pero no puedo negar que tienes sentido del humor.

TERCERO.— No es necesario ser un viejo para reírse de los demás.

PRACTICO.— ¿Y para reírse de uno mismo?

TERCERO.— Tampoco. Yo me río de mí mismo. Yo me río de mí mismo.

PRACTICO.— Hipócrita... La juventud nunca se ríe de sí misma. Está hecha para que los demás —eso quiere decir: noso-

tros— se rían de ella. Para que los demás se rían y a ella le moleste y reaccione; reaccione y nos dé un garrotazo en la cabeza por reaccionarios... Menos mal que es así. Si no, estaríamos de más tanto ustedes como nosotros... Tanto ustedes como nosotros... ¿Por qué pretendes engañarme, amigo? A mí no me importa que tú no te rías de tí mismo, de la misma manera que a ti debe importarte que yo me ría de ti... ¿Entiendes? ... ¿Me hago comprender? ... Si no me comprendes me importa un pito.

LOCUTOR.— Atención... Atención...

PRACTICO.— Otra vez...

LOCUTOR.— Del Palacio de Gobierno nos han informado que en los próximos minutos se hará de conocimiento público una noticia de importancia vital para la nación... De importación vital para la nación. (Marcha.)

PRACTICO.— Eso ya lo había dicho...

PRIMERO.— Algo hay.

SEGUNDO.— ¿Qué podrá ser?

SEGUNDO.— Sí, claro; algo hay, ¿pero qué?

PRIMERO.— No sé por qué, pero me parece que pronto tendremos cambio de gobernante.

TERCERO.— Cambio de títere, querrás decir... No sé qué persiguen con eso en estos momentos.

PRIMERO.— Quién sabe... A lo mejor ahora es más que un simple cambio de fachada.

POLITICO.— A lo mejor la derrota definitiva del ejército.

PRIMERO.— Puede ser.

SEGUNDO.— Sería terrible, ¿no?

TERCERO.— ¿Por qué? ... Yo ya ni sé en qué pensar.

PRIMERO.— Caramba, tú, no hables disparates. La derrota de nuestro ejército significaría la vuelta al poder de ese asesino.

TERCERO.— Y los de ahora, ¿qué son?

PRIMERO.— Que yo sepa, no han matado a nadie.

SEGUNDO.— Que tú sepas.

TERCERO.— Apenas tienen meses en el poder. Puedes estar seguro de que el otro, cuando comenzó, era igual que ellos. Sólo después de cierto tiempo se desbocan.

PRIMERO.— Yo creo que tú te estás volviendo loco. Eso no se puede discutir: definitivamente, nuestro gobierno actual es un paso de adelanto.

SEGUNDO.— Sí... Pequeño, pero lo es.

TERCERO.— Tal vez lo sea, pero hay otra cosa: quién sabe

cómo regresaría el otro. Ahora que ha visto las consecuencias de comportarse como lo hizo quién sabe si...

PRIMERO.— Ah, no seas pendejo. Genio y figura hasta la sepultura... ¿No será que te estás volviendo reaccionario?

PRACTICO.— Eso. ¡Que viva la reacción!

TERCERO.— Lo que pasa es que me estoy hartando de la política... Uno se pasa la vida hablando de política y total; no resuelve nada. Si nos pudiéramos arrancar la maldita política de la cabeza... Hay tantas cosas que se pueden hacer... Pero todo se vuelve simple lucubración: pensar que se ha logrado algo, para al minuto siguiente darse cuenta que todo sigue igual... Nosotros hablamos y hablamos y los de arriba deciden, y nunca deciden lo que uno hubiera querido... Es... Es como una destrucción sistemática de todas las esperanzas.

SEGUNDO.— Bah, no te pongas trágico.

PRACTICO.— El joven tiene razón: se llega a descubrir que las esperanzas son pura mierda.

POLITICO.— Deja a esos muchachos, lechuza.

PRACTICO.— Pura mierda... Ahora... Ahora sólo tengo la esperanza... de que el alcohol no me dé una resaca muy fuerte. (Risa general.) Claro está; tampoco debería hacerle caso a esa esperanza: todos los días amanezco de muerte. Pero, si no me convenzo de lo contrario, entonces, ¿qué sería de mí? (Nuevas risas.) Pero oye, tú, joven, el que hace un rato decía que se reía de sí mismo; no vayas a creer que porque dijiste esa frase de la destrucción sistemática de las esperanzas, ya has alcanzado la madurez. No. Categóricamente no. Simplemente comienzas a darte cuenta de que las esperanzas pueden ser destruidas. Todavía te falta mucho. El hombre es el animal más cabezadura de la tierra. No sé de dónde saca tanto caudal de esperanza. Ya lo verás. Tú tienes unos veinticinco años. Dentro de diez, todavía estarás buscando cosas en qué creer... Es un proceso muy largo... Muy largo... La madurez llega demasiado tarde. Justo cuando uno no tiene fuerzas para utilizarla...

LOCUTOR.— Atención... Atención...

PRACTICO.— Me cago. Esto si es sistemático.

LOCUTOR.— Atención a la siguiente información. Nos acaban de informar del Palacio de Gobierno que el presidente ha sido depuesto al descubrirse una serie de manejos turbios que perjudicaban el futuro del país. En estos momentos, altas figuras del poder público se encuentran reunidas en busca de un sucesor. (Marcha.)

Hay alegría, frotar de manos, arrastrar de sillas para acercarlas a la radio, etcétera.)

PRIMERO.— ¿Lo ves, lo ves? Te lo dije...

PRACTICO.— ¿Qué nos importa a nosotros quién gobierne?

POLITICO.— ¡Animal!

PRACTICO.— ¿No escucharon al joven? ... Los de arriba son los que deciden, y nosotros les importamos un carajo... Habría que quemar a todos los políticos del mundo... A ti con ellos.

LOCUTOR.— Atención... Atención... Un parte firmado por el Jefe de las Fuerzas Armadas, nos informa que el general Papini, quien fuera Jefe de Operaciones del ejército, ha sido detenido, juzgado, encontrado culpable del delito de alta traición a la Patria, y en consecuencia, fusilado... No pierdan nuestra sintonía... Seguiremos informando. *(Marcha.)*

SEGUNDO.— Y ahora, ¿qué me dicen?

PRIMERO.— ¡Coño! ... El general Papini era uno de los más grandes apoyadores de este desastre.

SEGUNDO.— Fusilado... Ya sabía yo que algo pasaba.

TERCERO.— Sí, sí, fusilaron a Papini, pero todavía no dicen nada de los dos héroes, ni de a quién han elegido presidente.

SEGUNDO.— Tómalo con calma, con calma.

PRIMERO.— Las cosas comienzan a cambiar.

PRACTICO.— No cambian nada. No cambian nada.

LOCUTOR.— Un nuevo informe del Palacio de Gobierno nos comunica que ha sido elegido Presidente Provisional, Su Excelencia Manuel Pérez, quien convocará a elecciones, tan pronto como se haya restablecido la paz en nuestro territorio... ¡Viva Manuel Pérez, nuestro presidente. *(Marcha.)*

PRIMERO.— ¿Manuel Pérez? ... ¿Manuel Pérez?

SEGUNDO.— Gracias, Dios mío.

POLITICO.— Pero, ¿puede ser verdad?

PRIMERO.— ¿Quién es ese Manuel Pérez?

SEGUNDO.— No sé.

POLITICO.— Era el secretario del presidente. Un empleadito oscuro. Un muchacho joven. Nunca se ha dicho nada de él.

SEGUNDO.— ¿Nada?

POLITICO.— Absolutamente nada.

PRIMERO.— Ay, ay, ay... De repente todo ha tomado un cariz distinto... Como... Como si realmente fuera a cambiar nuestro destino... Tú, ¿no oyes? ¿Qué me dices ahora?

TERCERO.— No sé... Si es un joven... Si es un joven, entonces, es distinto...

LOCUTOR.— Atención... Atención... Mucha atención. Noticia de último minuto. Noticia sensacional... Una nueva figura comienza a brillar en nuestro firmamento... Atención... Atención... Se nos comunica desde el Palacio Presidencial que un héroe verdaderamente popular es quien ha descubierto la trama que amenazaba con destruir nuestros principios democráticos; el burdo complot urdido entre el despuesto sátrapa, el general Papini y otros representativos de las fuerzas regresivas del país. Ese complot tenía como objetivo inmediato desmoralizar nuestras tropas y alzar al pueblo en rebelión, y, finalmente, restablecer la tiranía en nuestro pueblo. Pero en ese momento; en el preciso instante en que parecía que la traición iba a triunfar... hizo su aparición esta nueva figura surgida del pueblo llano. Aparición triunfante, cuya primera acción fue tomar el mando de las tropas en el frente y dominar en pocos instantes la situación. Después de esta medida salvadora, ha tomado otras no menos importantes, entre las cuales cuentan las ya informadas de la deposición del presidente y la del fusilamiento del general Papini... La nota enviada desde el Palacio termina con el resumen de unas declaraciones dadas por el adalid, quien hace unas pocas horas no era más que un humilde soldado raso... Esas declaraciones nos dan a entender que, erradicado ya el mal, la victoria final... es cuestión de horas. *(La marcha ahora resuena estridente. Hay abrazos y danzas. Todos dicen frases incoherentes. Se escuchan fuertes sirenas de todas clases. Pasado el primer momento de euforia, se sirven tragos. El camarero trae más botellas.)*

TERCERO.— *(Que camina hasta donde está la Madre.)* ¿Ha escuchado, madrecita? ... ¿Ha escuchado? ... *(Se arrodilla delante de ella.)* Dicen que la lucha terminará en poco tiempo; tal vez horas... ¿Se da cuenta de lo que eso significa? ... Su hijo podrá volver; lo tendrá aquí otra vez con usted... Volverá... Me lo presentará y seremos grandes amigos... Grandes amigos... *(La Madre levanta lentamente la cabeza y lo mira. Luego le entrega el telegrama. El joven Tercero se estremece. No sabe qué hacer. Se levanta con lentitud.)* Eh... Ustedes... Oigan...

SEGUNDO.— Ven tú también a beber, amargado.

POLITICO.— Que venga, que venga...

TODOS.— *(Rítmicamente.)* Que-ven-ga, que-ven-ga, que-ven-ga...

TERCERO.— *(Con voz de trueno.)* Silencio.

PRIMERO.— ¿Qué pasa? *(Hay algo que los obliga a callar. Permanecen estáticos. El Joven Tercero les da el telegrama. Los otros dos jóvenes lo leen.)*

SEGUNDO.— ¡Dios...!

PRACTICO.— ¿Qué pasa?

PRIMERO.— Le han matado al hijo... Lo dice el telegrama...

PRACTICO.— Pobre mujer.

TERCERO.— Justo cuando todo parecía que iba a terminar.
(La Madre se levanta y va hacia el grupo.)

MADRE.— Estas cosas siempre terminan demasiado tarde para algunos... Creo que siempre sucede así... ¿Por qué tienen que pasar estas cosas, eh? ¿Por qué tienen que pasar estas cosas?

LOCUTOR.— Atención... Atención... Se nos ha informado que ese magnífico fruto de la humildad tiene por nombre: David Morales... Repetimos, repetimos... Atención... Atención... Se nos ha informado que ese magnífico fruto de la humildad tiene por nombre: David Morales. (Marcha.)

POLITICO.— ¡Viva David Morales!

MADRE.— ¿David Morales?

TERCERO.— Pero...

PRIMERO.— ¿Cuál es el nombre de tu hijo?

MADRE.— David... David Morales; igual que su padre. El también se llamaba David Morales.

TERCERO.— Pero entonces...

MADRE.— Entonces...

TERCERO.— Madrecita.

MADRE.— Puede ser otro... Puede ser otro...

LOCUTOR.— Atención... Atención... Los datos que hemos recibido hasta el momento nos indican que David Morales, nuestro nuevo héroe nacional, es un voluntario procedente de las montañas del centro de nuestro país, que fue inscrito hace unos meses como raso de la décima compañía del noveno regimiento. (Marcha.)

MADRE.— Es él... Es él... (Rompe el telegrama.)

TERCERO.— Entonces, está vivo.

MADRE.— (Como una loca.) Es él... Es él... Es él... (Lanza los pedazos de telegrama por los aires y se tira a llorar sobre la mesa.)

PRACTICO.— Pero... ¿Por qué llora? ... Si todo fue un malentendido, si no estaba muerto ¿por qué llora?

POLITICO.— Vamos, doña, a alegrarse, a alegrarse; todo termina bien. (La obligan a levantarse y la abrazan y besan.)

TODOS.— Felicidades... Felicidades...

MADRE.— Gracias... Gracias... Gracias...

PRIMERO.— Tienes que estar contenta: tienes un hijo héroe.

MADRE.— (Inocente.) ¿David?

SEGUNDO.— Sí. Tu hijo.

MADRE.— Es increíble... simplemente increíble... Mi querido David, un héroe... Un héroe... Un héroe... Un héroe... Un héroe... (Ha repetido esta frase en varios tonos, todos suaves, y termina por sonreír. Su sonrisa pronto se convierte en carcajadas cristalinas. La marcha resuena. Las luces se apagan.)

Cuarto Cuadro

(Silencio. Estamos en el salón principal de la casa de uno de los héroes. Un gran cuadro cubierto por un lienzo. Micrófonos, alambres y demás adminículos necesarios para una transmisión radial. En escena: el Locutor y el Control.)

LOCUTOR.— El héroe... El héroe... El héroe... La madre del héroe... La madre del héroe... Uno, dos, tres, cuatro, probando... Uno, dos, tres, cuatro...

CONTROL.— (Quien tiene puestos unos auriculares.) Está bien; dice que la transmisión es perfecta... Preguntan a qué hora comenzamos a transmitir.

LOCUTOR.— Comenzaremos en cinco minutos, según lo anunciado.

CONTROL.— Preguntan si recibiste la relación de las últimas hazañas del héroe.

LOCUTOR.— Sí, las he recibido. Las estudié y me las aprendí de memoria.

CONTROL.— Dicen, que bien.

LOCUTOR.— ¿Cómo?

CONTROL.— Que bien... que perfecto.

LOCUTOR.— Ah. (Entra el Héroe Delgado, seguido apresuradamente por el Héroe Gordo.)

GORDO.— Espera, espera... tengo que hablarte.

DELGADO.— En un momento estoy contigo.

LOCUTOR.— (Tapando el micrófono.) ¿Estamos listos?

DELGADO.— No, todavía... dentro de algunos minutos.

LOCUTOR.— (Destapando el micrófono.) Bien.

CONTROL.— Preguntan que qué está bien; que si ya.

LOCUTOR.— No, no... Ya les avisaré.

GORDO.— (Quien se ha retirado lo más posible del Locutor y el Control.) ¿Vas a venir? ... Necesito que me expliques.

DELGADO.— (Quien da el último vistazo a la habitación, satisfecho.) Ya voy... ya voy... (Se acerca al Héroe Gordo.) ¿Qué quieres?

GORDO.— ¿Vas a decirme de una vez por todas, qué es todo esto?

DELGADO.— ¿No lo ves? ... En ausencia del nuevo héroe, damos una recepción a su madre.

GORDO.— ¿Qué es lo que estás tramando? ... ¡Una recepción! ... Nos perjudica y tú le das una recepción.

DELGADO.— Altibajos de la política.

GORDO.— Me niego rotundamente a participar en todo esto. Así que puedes ir llamando a los periódicos para que les aclares que yo no estoy de acuerdo con estos homenajes.

DELGADO.— No seas tonto.

GORDO.— ¿Tonto? ... ¿Sabes lo que me gritaron ayer, cuando salí a pasear en mi auto? ... "Gordito, gordiflón; ya se acabó tu bienestar; deja que llegue nuestro líder y te veremos corriendo en cueros por la calle".

DELGADO.— Muy bien... *(Ríe.)*

GORDO.— No te rías. Ese maldito David Morales nos ha tirado a la basura. Toda la estima que nos tenía el pueblo se ha ido a la basura... A la basura.

DELGADO.— ¿No me digas que estás celoso de un cadáver?

GORDO.— ¿De un cadáver? ... Bueno, sí, de un cadáver. Pero, con todo y cadáver, nos ha sacado de circulación.

DELGADO.— Yo no diría eso. Debemos estarle agradecidos. Gracias a él, todavía podemos gozar de nuestros privilegios. ¿O ya olvidaste que hace apenas unos días estuvimos al borde de una huida vergonzosa?

GORDO.— Pero, no es por él...

DELGADO.— Sí. Es por él. Gracias a él, el pueblo no se ha alborotado. Gracias a él, toda la juventud se ha enrolado en el ejército. Gracias a él, hemos recolectado dinero para el equipo del ejército. Gracias a él, hemos hecho retroceder al enemigo. Gracias a él, ha sido aceptado nuestro nuevo presidente... Muchas cosas tenemos que agradecer al difunto David Morales. Por ejemplo, hoy, dentro de algunos minutos, tendremos que agradecerle, a él o a su madre, una victoria sobre nuestro presidente Manuel Pérez.

GORDO.— ¿Qué se ha creído el presidentico ese de mala muerte? a propósito. Ayer cuando traté de verlo, me hizo esperar una hora, para luego comunicarme que estaba muy ocupado; que volviera cualquier otro día.

DELGADO.— Precisamente; se le han subido los humos a la cabeza; nos desprecia porque no nos necesita. Pues, a partir de ahora, nos va a necesitar. Tú y yo vamos a acaparar la atención y la

emotividad del pueblo con este homenaje a la madre de su héroe. Cuando llegue la hora de nones, su excelencia Manuel Pérez, vendrá a pedirnos perdón de rodillas.

LOCUTOR.— *(Tapando el micrófono.)* Señor... señor...

DELGADO.— ¿Sí?

LOCUTOR.— Sólo falta un minuto para la hora indicada.

DELGADO.— Bien, bien. Comience cuando sea necesario; quiero que todo salga a perfección.

LOCUTOR.— Muchas gracias.

GORDO.— Ven, ven, ven... ¿Por qué no me dijiste que habías entrado en negociaciones con la madre? ... Es vergonzoso enterarse por la prensa.

DELGADO.— ¿Crees que me ha sobrado tiempo con todos estos preparativos?

GORDO.— Yo pude ayudarte.

DELGADO.— Te lo agradezco.

GORDO.— Amigo... ¿No estarás pensando traicionarme?

DELGADO.— ¿Yo? ... No, imposible. Te necesito como tú me necesitas. Yo pongo el dinero y tú pones el ejército.

GORDO.— Me tranquilizas... ¿Qué es eso que está tapado, ahí?

DELGADO.— Ah, hice pintar un retrato del héroe. Un retrato que será develado hoy, y que permanecerá en mi casa.

GORDO.— Eres un genio... No se te olvida ningún detalle.

DELGADO.— No. Es la única forma de permanecer arriba. *(La marcha resuena brillante.)*

LOCUTOR.— Buenos días, señoras y señores; querido pueblo... Aquí estamos instalados en la residencia de uno de nuestros héroes nacionales, donde se le rendirá un homenaje al máximo héroe popular; al adalid, al salvador, al inmenso David Morales. En estos momentos se nos comunica que la ceremonia va a comenzar. *(Entra una marejada de periodistas, fotógrafos y gente, que producen una verdadera tormenta eléctrica con todas sus consecuencias.)*

UNA VOZ.— ¿Dónde está ella?

OTRA.— ¿Cómo es?

UNA TERCERA.— ¿Ha llegado?

UNA CUARTA.— ¡Por Dios! no empujen.

UNA VOZ.— ¿Habrá tenido algún inconveniente?

UNA TERCERA.— Me has disparado ese flash en el ojo, maldito.

DELGADO.— Calma... Calma... Voy a traerla. Dentro de al-

gunos minutos estará con ustedes y podrán hacerle todas las preguntas que deseen. *(Sale.)*

VOZ DE LA MADRE.— Déjenme entrar... necesito entrar...

UNA VOZ DESDE FUERA.— Por favor, señora.

LOCUTOR.— Informamos que dentro de algunos segundos podrán escuchar la voz de la madre de nuestro héroe David Morales.

VOZ DE LA MADRE.— Déjenme entrar... por favor. Yo soy la madre de David Morales.

UNA VOZ DESDE FUERA.— Estése tranquila, señora.

VOZ DE LA MADRE.— Yo soy la madre...

LOCUTOR.— *(Tapando el micrófono.)* Callen a esa mujer. *(Destapa el micrófono.)* Ah, pero aquí se encuentra el admirable genio que fuera encargado de ejecutar el retrato de nuestro héroe... Por favor, acérquese señor Laplace. ¿Tiene usted algo que decir a nuestros oyentes?

PINTOR.— Con mucho gusto.

LOCUTOR.— Nuestro micrófono es suyo.

PINTOR.— Estoy emocionado... Estoy emocionado... Siempre había deseado hacer el retrato de un héroe de tal magnitud. Lo había intentado con DeGaulle, Kennedy, Mahatma Gandy, Nasser y muchos otros. Pero, algunos no se dejaban ver y otros se morían muy pronto. Me había sido imposible... Lo agradezco a Dios; ahora he podido pintar al más grande hombre... de la humanidad: David Morales. *(Los periodistas y fotógrafos, que habían rodeado al Héroe Gordo, ahora se desprenden hacia el pintor. Nueva descarga.)* Me trasladé al campo de batalla, y él, en sus pocos momentos libres, con la cortesía que lo caracteriza, posó para mí. Es un hombre admirable... increíble... inconmensurable. *(Ha entrado el Héroe Delgado, acompañado por la Falsa Madre.)*...

OTRA.— Aquí está la madre... *(La tormenta se traslada y hace desaparecer a la Falsa Madre. Gran barullo... La Madre entra.)*

MADRE.— Déjenme... Déjenme... *(Detrás de ella entra un militar que trata de agarrarla.)*

MILITAR.— Vieja loca... *(La Madre escapa y se esconde detrás del cuadro. El militar va a seguirla pero en ese momento la tormenta se traslada nuevamente y desiste. Se va maldiciendo.)*

LOCUTOR.— La madre de nuestro héroe David Morales se acerca en estos momentos al cuadro que será develado por sus amantes manos. Todo es espectáculo alrededor. *(Se logra ver a la Falsa Madre nuevamente. Ahora frente al cuadro. Los dos héroes logran apartar la tormenta. Ella queda sola en el centro.)* Se ha

detenido frente al cuadro. Luce emocionada. Se ha detenido frente al cuadro. Luce altamente emocionada. Gran momento es éste, queridos radioescuchas.

DELGADO.— Proceda usted, señora viuda Morales *(La Falsa Madre se acerca lentamente al cuadro. Dicho sea de paso, no se parece en nada a la verdadera madre; tiene la pura estampa de una comerciante de regateo... El silencio es completo.)*

LOCUTOR.— Da un paso... Da otro paso... Ya está al lado del cuadro... Levanta su bendita mano... Toma el lienzo que lo cubre por una esquina, y... tira de él. *(La Falsa Madre ha hecho lo que describía el Locutor. Aplausos, vítores, "flashes". Aparece el retrato de un joven que bien podría ser Napoleón; muy cursi, por cierto: en una mano descansa el arado; en la otra levanta una ametralladora.)* Aquí está el retrato. Una magnífica obra de arte en la que se ha captado el verdadero espíritu de David Morales: joven, fuerte, emprendedor, desbordante de ideales. *(La Falsa Madre se echa en los brazos del Héroe Delgado, llorando.)* Y ahora... la madre llora. No ha podido resistir la emoción y ha desbordado el cariño inmenso que siente hacia su hijo... Señora, ¿tiene algo que decir?

DELGADO.— Por favor... Por favor... Déjenla descansar por un momento. Está extenuada.

LOCUTOR.— Seguro.

DELGADO.— Tengan la bondad de pasar al comedor. Allí les tengo preparado un pequeño bufet, que espero sea de su agrado. Además, una nueva sorpresa para ustedes. *(Sale, y todos lo siguen.)*

LOCUTOR.— Han escuchado las palabras de uno de nuestros queridos héroes; quien ahora se dirige al comedor, protegiendo entre sus brazos a la viuda de Morales, la madre de otro de nuestros héroes... En los grandes momentos, las grandes almas se unen... *(Todos se han ido, menos el Control. La Madre abandona su escondite y va a ver el cuadro. Marcha brillante... La Madre se detiene frente al mamotreto. Lo mira sin comprender. Siente un ligero mareo y tiende los brazos para sujetarse de algo.)*

CONTROL.— ¿Le pasa algo, señora?

MADRE.— *(Sobreponiéndose.)* No, nada, gracias.

CONTROL.— ¿Qué quiere usted?

MADRE.— Nada... nada... Había venido porque... porque... Nada, nada... Una equivocación. Es sólo una equivocación. *(Las luces se apagan. Se escuchan sonidos de copas, platos, tenedores, cuchillos, etcétera.)*

LOCUTOR.— Y ahora la sorpresa... Hable usted.

DELGADO.— La señora viuda Morales, madre de nuestro querido colega, se quedará, a partir de este momento, con nosotros. Nuestra tradicional hospitalidad brinda un techo a la ilustre progenitora de nuestro ilustre salvador. *(Se escuchan aplausos, un plato que se rompe y hurras.)*

LOCUTOR.— ¿Acepta usted, señora viuda Morales?

FALSA.— *(Después de un largo silencio.)* Sí. *(Nuevos aplausos y hurras.)*

Quinto Cuadro

(Nuevamente en el bar. Los mismos personajes de la vez anterior, menos la Madre.)

FALSA.— Agradezco a nuestros dos grandes héroes su cortesía. Sin el ejemplo de ellos, mi hijo no hubiera llegado a ser lo que hoy es. *(Más aplausos; más hurras.)* Aprovecho la ocasión para invitar a nuestra juventud a que se presente como voluntaria en las oficinas de reclutamiento. Un último esfuerzo y todo habrá terminado. También... *(El Segundo Joven ha apagado la radio.)*

SEGUNDO.— ¿Han escuchado?

PRIMERO.— Sí.

POLITICO.— Claro que sí.

SEGUNDO.— ¡Qué barbaridad! Mientras él arriesga su vida, ella alterna con este buen par de ladrones.

TERCERO.— No se me había ocurrido pensar que ella aceptaría.

PRIMERO.— Es una traidora.

TERCERO.— ¿Ella? ... ¿La madrecita?

PRIMERO.— Sí, la madrecita.

TERCERO.— ¿Por qué lo ha hecho?

PRIMERO.— Te lo he dicho: a los viejos habría que fusilarlos a todos. ¿Has visto a alguno de ellos que haya podido resistir el encanto del dinero? ... La felicidad de los viejos siempre es egoísta. Nunca les importa lo que sucede a su alrededor.

TERCERO.— Parecía tan sencilla; tan humilde.

PRIMERO.— Porque no se le había presentado la ocasión de encumbrarse. Esto de ahora es lo primero que hace; ya verás todas las sinvergüencerías que seguirán.

TERCERO.— Lo que menos me ha gustado es esa propaganda al ejército. Es verdad que su hijo está en el frente y mientras más pronto se acabe la guerra más pronto...

PRIMERO.— Bah. No comiences con tus lucubraciones.

SEGUNDO.— ¿Sabes lo que más me preocupa?

PRIMERO.— ¿Qué?

SEGUNDO.— El.

PRIMERO.— ¿Quién es él?

SEGUNDO.— David Morales, ¿quién va a ser? ¿Se imaginan cuán duro será este golpe para él? ... Su propia madre lo traiciona.

PRIMERO.— Si David Morales es como parece ser, de seguro que no le ha tomado de sorpresa... Seguramente que esperaba esta traición. Los que tenemos la mente clara sabemos de dónde viene el mal.

SEGUNDO.— Pero, es su madre.

PRIMERO.— ¿Y qué? ... A mí no se me ocurriría esperar nada de mi madre.

SEGUNDO.— ¿Y de quién, entonces?

PRIMERO.— De la juventud; siempre de la juventud.

PRACTICO.— Mal parados estamos, entonces... Sí, yo estoy de acuerdo en que no se puede confiar en las personas mayores —un buen ejemplo soy yo; ¡quién confiaría en mí! —; pero eso no significa necesariamente que podamos esperar algo de los jóvenes.

PRIMERO.— No estamos hablando con usted.

PRACTICO.— Está bien pues, me callo.

POLITICO.— Pero yo no... Me tienen hartos estos muchachitos bocones. Mi compañero tiene mucha razón. Tú eres joven, éste es joven, éste otro es joven, ¿y eso qué? Mientras David Morales está a punto de perder la vida a cada minuto, ustedes, los jóvenes, se sientan delante de la radio...

PRACTICO.— Compañero, compañero, no te vayas por la tangente. Deja a esos muchachos.

POLITICO.— A cada momento los invitan, a ustedes los jóvenes, a que acudan a las filas de reclutamiento, pero ustedes pasan eso por alto y sólo observan los defectos de los demás: "que lo que más me extraña es esa propaganda al ejército", "que es una traidora", "que el general X se comportó de tal o cual manera"...

PRACTICO.— Veo por donde te vas. No les metas ideas en la cabeza. Ven y tómate un trago. Mozo... Hielo... *(El Mozo sirve hielo y limpia la mesa.)*

POLITICO.— Jóvenes; mierda... Si yo tuviera la edad de ustedes, hace rato que estuviera en el frente.

TERCERO.— No sabía que era necesario ser joven para dejarse matar.

PRACTICO.— Pues sí... Me parece que te lo dije hace unos días... No. Hablábamos de reírse de la juventud. Sí. Era más o

menos lo mismo... Los únicos que se dejan matar son ustedes. Nosotros; nunca. ¿No ves a este pendejo? ... Los critica a ustedes, critica a todo el mundo, es un furibundo político. Si le dijéramos viejo en tiempos de paz, nos respondería que todavía puede pasar la noche con una muchachita de quince años y dejarla cansada. Pero si le recordamos eso ahora, dirá que fue en otros tiempos mejores. Ahora es viejo; no puede ir a la guerra... Y es verdad, eso lo demuestra; es viejo. ¿Comprendes? No quiere dejarse matar, luego es viejo... Recuérdeme cuando acabe la guerra, buscarle una pudibunda púber...

POLITICO.— Pretendes ser muy gracioso, ¿verdad?

PRACTICO.— Lo soy, compañero, lo soy.

POLITICO.— ¿Qué papel haría yo en el frente? ¿Cómo podría soportar yo un entrenamiento, las lluvias, arrastrarse por la tierra, qué sé yo? ... Cuando tenía veinticinco años, hace ya mucho tiempo, yo fui a luchar por nuestra libertad. Entonces me correspondía, ahora no. Ahora le corresponde a estos.

PRIMERO.— Es verdad

POLITICO.— ¿Lo ves? Ellos mismos lo reconocen...

PRACTICO.— ¡Cómo no! Son jóvenes.

PRIMERO.— Yo estoy dispuesto a inscribirme.

TERCERO.— ¿Estás loco?

PRIMERO.— No. Estoy viendo claro. El ha dicho la verdad.

No tenemos derecho a criticar a los viejos si nosotros los jóvenes actuamos como ellos. Debemos enrolarnos.

TERCERO.— Tonterías.

PRIMERO.— ¿Qué? ... ¿Tienes miedo? ... ¿Tienes miedo?

TERCERO.— Piensa lo que quieras. Tómallo como quieras.

Ve... Ve y que te den tu rifle. Pendejo. Ve... Ve a convertirte en héroe. Según parece no tenemos bastantes héroes en nuestro país aún. Todavía hay calles sin estatuas.

PRIMERO.— Cobarde.

TERCERO.— Ve, que yo me quedaré junto a la radio; escuchando. Esperando a que tu madre acepte una habitación en la casa de los traidores...

PRIMERO.— No me importaría...

TERCERO.— Claro, no te importaría; tú no esperas nada de los viejos. Cuando vuelvas victorioso, cuando te hayan prendido en el pecho una docena de medallas —sólo después de las medallas—, emprenderás el juicio contra tu madre; tú mismo la acusarás y dirigirás el pelotón de fusilamiento. Tal vez te den otra media docena de medallas por esto. Para nosotros, la pobre gente del

pueblo, los que no somos héroes; significa mucho un acto semejante. Pensamos que se necesita mucho valor y mucha entereza para prescindir de una madre. Claro está, ignoramos que ustedes los héroes, consideran a los viejos algo molesto.

PRIMERO.— No quiero escuchar más.

TERCERO.— Es mejor así... no escuches más...

PRIMERO.— Sólo eres un traidor, un desvergonzado, un...

TERCERO.— Un aspirante a fusilado; lo sé... Vete. No temas. Vete. Yo te estaré esperando aquí para que me fusiles. Tal vez así, entonces, pueda descansar de tanta babosería.

PRIMERO.— Hijo de la gran puta.

TERCERO.— ¿Qué vamos a hacer? Soy un hijo de viejos. El adelantado mundo no ha logrado que las niñas tengan hijos, ni tampoco ha descubierto el elixir que permitirá a los padres permanecer jóvenes.

PRIMERO.— Me gustaría partirte la cabeza.

TERCERO.— Entonces, vete; cuando regreses podrás hacerlo con una bala; sin temor a que te metan preso por ello... Vete, vete, vete...

PRIMERO.— Sí... me voy...

TERCERO.— Que tengas suerte; tal vez el mundo se salve con gente como tú...

SEGUNDO.— Yo también me voy.

TERCERO.— Magníficos; ya son dos... ¿Saben dónde queda? ... Está apenas a dos cuadras de aquí; a la derecha... Hay un gran letrero que dice: "Oficina de Reclutamiento"... Sólo tienen que entrar y dar su nombre. Antes de que se den cuenta, ya estarán en la primera línea del campo de batalla. (Los dos jóvenes se van.) ¡Viva la juventud! ¡Vivan los héroes!

PRACTICO.— ¡Que vivan! (El Joven Tercero tira de un golpe lo que estaba sobre su mesa.)

CAMARERO.— (Llegando.) ¿Por qué hace eso? ¿Qué es lo que le pasa?

TERCERO.— ¿A mí? ... Nada, nada... Estoy muy alegre... eso es lo que me pasa. Estoy muy alegre... ¿No se nota a simple vista?

CAMARERO.— No me importa si está alegre o no. Lo que yo sé es que usted paga lo que ha roto. (Recoge lo que está en el suelo.)

TERCERO.— Claro, claro... Lo pago. No te preocupes.

PRACTICO.— Ven, ven... Tómate un trago con nosotros.

TERCERO.— (Al Camarero.) ¿Sabías que nuestro país se está llenando de héroes? Tienen dos pies, dos brazos, ojos y boca igual

que todos... aparentemente. Aunque nadie sabe en qué, son diferentes a los otros. Progresamos. De aquí a unos días las traiciones se harán exclusivamente entre héroes. Progresamos. Los pobres mortales no podemos comprenderlo, pero progresamos.

PRACTICO.— No hables tanto. También es malo hablar; siempre malinterpretan a uno. Ya ves, hace un momento yo intenté hacer un chiste. ¿Cómo fue? : eso de que los jóvenes son iguales que los viejos. No me acuerdo. Pues bien, era un simple chiste. —tal vez mi manera de ver las cosas, con lo cual no deja de ser un chiste—; y éste lo tomó como trampolín para mandar a la muerte a esos dos muchachos.

POLITICO.— Yo ni hice tal cosa.

PRACTICO.— Sí lo hiciste... El mal está en que ellos te hicieron caso; hicieron lo incorrecto. Debieron destriparte; volverte polvo... La única guerra que yo permitiría, sería la guerra en contra de los que quieren hacer la guerra. Bah, pero eso también es guerra. Una tontería. Bébetete tu ron. Y tú, muchacho, ven y bebe también con nosotros.

TERCERO.— ¿Beber? ... Nunca. ¿Para qué embrutecer mis sentidos? Tengo que estar lúcido para presenciar la salvación de la humanidad. Hay que estar lúcidos, amigos. Nosotros no participaremos en ella, pero no importa. Tenemos que conformarnos; el ser humano ya ha llegado adonde iba a llegar; ya no da más. Ahora le toca el turno a los héroes.

PRACTICO.— ¿Sabes lo que dicen los peces? ... Por la boca muere el hombre... Ciérrala. Abrela solamente para tomarte un trago. Si hay que morir por la boca, que sea ingiriendo el magnífico alcohol, con una carcajada para todos los problemas del mundo. *(La Madre entra.)*

POLITICO.— Mira quién está aquí.

PRACTICO.— La madrecita.

TERCERO.— ¿Qué haces aquí? ... Escuchamos que ahora vivirías en la casa de los héroes.

MADRE.— ¿Yo?

TERCERO.— Sí. Por la radio.

MADRE.— Ah, comprendo... Ha sido una equivocación... No era mi hijo.

TERCERO.— ¿Cómo?

MADRE.— No era mi hijo... No puede serlo... Ya me lo imaginaba... Cómo el pobre vientre de una campesina puede dar a luz un hombre tan grande.

TERCERO.— Madrecita...

PRACTICO.— ¿Y ahora qué? ... ¿Nos ponemos luto o bailamos? *(Las luces se apagan. Marcha.)*

Sexto Cuadro

(Vuelven las luces. Una playa. Los héroes, en trusa, y la Falsa Madre, están acostados en canapés. Dos militares en atención. Un radio transistores y un teléfono sobre una mesita.)

FALSA.— Lo recuerdo... Lo recuerdo... Recuerdo cómo le gustaba jugar tenis. Era su deporte preferido. Hay que construirle una cancha de tenis en su casa. Lo recuerdo. También le gustaba nadar; en piscina sobre todo. Hay que construir una piscina. Naturalmente, doy por sobrentendido que la casa debe estar rodeada de mucho terreno. Recuerdo que es un muchacho de campo y tiene hábito de montar a caballo. Todas las mañanas salía y pasaba horas montando a caballo. Lo recuerdo. Lo recuerdo. No podemos permitir que con la vida moderna que se verá obligado a llevar de ahora en adelante abandone las saludables costumbres que lo convirtieron en lo que es. Mucho terreno y cuadra para los caballos.

GORDO.— Deja ya de fingir.

FALSA.— Oh, mi David, mi David. Pronto estará aquí, nuevamente. Pronto estará aquí, y quisiera que lo encontrara todo terminado. Todo terminado. Me ha escrito. ¿Sabían que me ha escrito? ... Me ha escrito y desea que la esté pasando muy bien. En su carta, no es que pida nada, él nunca pide nada. En su carta, me habla de los buenos tiempos, de los tiempos pasados, cuando aún no había guerra: recuerda sus largas cabalgatas por la playa.

DELGADO.— ¿No será por las montañas?

FALSA.— Por las montañas, eso. Recuerda lo mucho que le gustaba nadar en el mar.

DELGADO.— En el río.

FALSA.— En el río. Y, naturalmente, viene a mi memoria la forma en que se extasiaba viendo las fotos de los tenistas. Una cancha, una piscina, cuadra para los caballos y mucho terreno.

GORDO.— Deja de fingir.

FALSA.— A propósito del terreno. ¿Sabían que los dueños se niegan a entregarlo? Se niegan a entregarlo. Es necesario dictar una ley o un decreto o lo que sea, para que se vean obligados a entregarlo. ¿Qué se han creído? Imagínense: lo único que hay en él, son dos o tres casuchas de cartón y lata. ¡De cartón y lata! Cómo puede esa gente ser propietaria de un lugar tan bonito. Total, que no saben apreciar la belleza del paisaje. No lo saben

precisar. Y él sí. Mi hijo, sí. Recuerdo que siempre que pasábamos por ahí me decía: "Madre, madre querida, cómo me gustaría vivir en un lugar como éste." ¿Oyen? ¿Observan?: "me gustaría". Cuánta sencillez. No dice: voy a vivir. Sólo, me gustaría. Lo recuerdo, lo recuerdo. El nunca pide nada. Si no fuera por mí que lo recuerdo y pido por él. Si no fuera por mí.

GORDO.— ¿Te vas a callar de una vez?

FALSA.— Oh.

GORDO.— ¿A quién crees que vas a engañar? ... Ya me enteré de cuál es el prostíbulo de donde te sacaron, puta vieja. Además, te has aprendido muy mal el papel. Te equivocas a cada instante. Vas a meter la pata. "La piscina, el tenis, las fotos de los tenistas." ¿Qué va a saber un campesino de esas cosas? ... Lo mejor que puedes hacer es cerrar la boca, carajo.

FALSA.— ¿Lo oyes? ¿Oyes cómo me trata? ... A mí, la madre del sumo héroe.

DELGADO.— ¿Estás nervioso?

GORDO.— Sí. Estoy nervioso. ¿Cómo no estarlo? ... Esta situación se está haciendo insostenible. No estoy de acuerdo con lo que hacemos. No estoy de acuerdo con lo que hacemos... ¿Lo sabes? ¿Lo sabes? ... No estoy dispuesto a seguir llevándome de tus consejos. Me parecen estúpidos. ¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí, como en un basurero? ... Tres semanas. Tres semanas. Te la das de muy genio, pero te conozco... Lo dije desde el principio: "No va a llamar". Y no ha llamado. Ahora todo es con el David Morales de porquería ese.

FALSA.— ¿Mi hijo una porquería?

GORDO.— Cállese.

FALSA.— ¡Me manda a callar!

GORDO.— Nos ha suplantado, nos ha borrado, nos ha cagado. Tú dijiste: "Verás como pronto nos vienen a buscar". ¿Dónde están? ¿Dónde están que no los veo? ... Has fracasado. Tus brillantes ideas han fracasado. Hoy mismo me voy de aquí. Me voy de aquí. Voy al Palacio de Gobierno. Voy a hablar con el presidente ese. Ja. Que no crea él que se va a quedar con todo. ¿Quién es? Un vulgar secretario. ¿Qué ha hecho? ... Nada... Nada...

DELGADO.— Cálmate.

GORDO.— No me calmo nada. No me calmo nada... No me calmo nada. Desde ahora se van a seguir mis planes. Desde este mismo momento se van a seguir mis planes. ¿Lo oyes? Mis planes.

DELGADO.— Veamos, ¿Cuáles son tus planes?

GORDO.— Mis planes son... No... tengo... planes... Pero no

importa; los tendré. Cualquier plan es mejor que éste estúpido tuyo. ¿No lo ves? Nos está saliendo moho... Moho. Hay que estar presentes para luchar.

DELGADO.— ¿Crees?

GORDO.— Sí. Lo creo. *(El Héroe Delgado extiende la mano y uno de los militares le pasa un papel.)*

DELGADO.— Lee... Es el último parte del frente; el de esta mañana.

FALSA.— Lea, lea. Ya yo lo hice. El héroe, mi hijo, ha obtenido una victoria casi definitiva. En unos días estará con nosotros. Estará con nosotros. Entonces, entonces le contaré la manera en que usted me trataba. El es muy bueno; buenísimo, pero nunca ha soportado que se le levante la voz a su madre. Nunca. Ya verá usted... Ya verá usted... Naturalmente. Naturalmente no le diría nada si se apresuran a tenerles listos todos sus sueños. ¿Recuerdan?: Una casa de dos pisos con diez habitaciones en la planta alta. Quiero. El quiere tres comedores. Quiere... Bueno ya he presentado los planos. En eso no hay problemas, pero, en cuanto a financiamiento... Ah. Es asunto de dinero. Necesito dinero para construir las otras cosas: la piscina, la cancha de tenis, las cuadras, el...

GORDO.— ¿Qué es esto? ... Está bien, sólo queda un reducto de las fuerzas enemigas; un reducto pequeño, pero, ¿qué tiene que ver eso con nosotros? ¿Dónde se nos menciona aquí?

DELGADO.— En todas partes. Sobre todo donde dice: "Para las primeras horas de la tarde habrá terminado todo".

GORDO.— No entiendo.

DELGADO.— Habrá terminado todo... El héroe popular tendrá que trasladarse a la capital para que le rindan honores.

GORDO.— Bueno, viene, ¿y qué?

DELGADO.— ¿Va a venir?

GORDO.— ¿Va a venir? ... No. No puede venir.

DELGADO.— ¿Entonces?

GORDO.— Tiene que morir.

DELGADO.— ¿Cuándo?

GORDO.— Hoy... Ahora...

DELGADO.— Exacto... Ese fantasma ha muerto de nuevo.

FALSA.— ¿David?

DELGADO.— Ha muerto, y con su muerte resucitamos nosotros.

GORDO.— ¿Resucitamos?

FALSA.— ¿David muerto? ... Oh, David muerto... Qué des-

gracia... Qué desgracia... (Llora en una forma extraordinariamente convincente.)

GORDO.— ¿Qué te asegura que resucitamos?

DELGADO.— ¿Ya has olvidado? ... El presidentillo se verá obligado a rendirle honores. Grandes honores. ¿Sabes dónde se rendirán esos honores? ... Aquí.

GORDO.— ¿Aquí?

DELGADO.— No en la playa; en la casa, naturalmente... La madre, postrada por el dolor, no puede movilizarse. Quiere ver por última vez el cadáver de su hijo. Lo traen aquí. La radio transmite el evento. Tú y yo lloramos. Nuestras lágrimas conmueven al pueblo. Nuevamente somos el plato principal. A los héroes muertos se les olvida fácilmente; no tanto a los vivos.

GORDO.— ¿Y estás seguro de que sucederá así?

DELGADO.— No hay otra alternativa. La madre está aquí; los homenajes se tienen que hacer aquí... Dentro de un corto momento ese teléfono sonará. Recibiremos una llamada del Palacio del Gobierno. Una llamada del presidentillo, que vendrá a ponerse de rodillas; a implorar que no lo borremos de la vida pública o del mapa...

GORDO.— Eres un genio.

DELGADO.— Ya me lo has dicho otras veces. Estoy comenzando a creerlo.

FALSA.— ¿Debo vestir luto, verdad? ... Sí. Debo vestir luto. Es más dramático. Mucho más dramático. ¿Qué creen de un desmayo cuando abran el sarcófago? Un desmayo. Un desmayo, sí. Gritos, no. Definitivamente; gritos, no. La gente no gusta mucho de los gritos. Quejidos. Quejidos, sí. Unos quejidos roncós. (Los da.)

DELGADO.— Llegan al alma... Llegan al alma...

GORDO.— Sí. Llegan al alma...

FALSA.— ¿Al alma, verdad? ¿Al alma? ... Pues quiero que sepan que no estoy dispuesta a hacer nada, ni quejidos, ni desmayos, ni luto. Y es más, estoy dispuesta a salir de esta casa e irme al Palacio de Gobierno, para que todas las ceremonias se hagan allá.

GORDO.— ¿Cómo?

FALSA.— Eso, naturalmente, si no me dan todo lo que he pedido. Esto le significa mucho a ustedes, y si quieren conseguirlo, deben pagar el precio que yo ponga.

GORDO.— ¿La oyes?

DELGADO.— La oigo...

FALSA.— Y no crean que he terminado la lista. Todavía

faltan autos, muchos autos. Ropa, por supuesto. Televisiones, teléfonos, dinero...

DELGADO.— Señora...

FALSA.— ¿Sí?

DELGADO.— Déjeme recordarle que de esta casa no sale sin mi permiso... Déjeme recordarle que sería muy lamentable que usted, al recibir la noticia de la muerte de su querido hijo muriera a su vez de un ataque al corazón. Eso complicaría las cosas, pero, no nos cerraría las puertas a nosotros dos. La noticia de su defunción se daría cuando ya todos estuvieran aquí. ¡Y cómo lloraríamos! ... ¿Comprende?

FALSA.— Sí.

DELGADO.— Entonces... vaya a prepararse. Lo mejor para estas ocasiones, como decía usted antes, es un vestido negro, sencillo.

FALSA.— Sí.

DELGADO.— Muchas gracias. (El teléfono suena.) ¿Lo ves? ... ¿Lo ves, mi querido amigo? ... Resucitamos... Resucitamos...

GORDO.— Todo vuelve a comenzar. (Se apagan las luces. Marcha brillante.)

Séptimo Cuadro

(En el bar. Los Jóvenes Primero y Segundo, vestidos de soldados, cantan una letra estúpida con la música de la marcha. El Joven Tercero está retirado; al fondo. Los dos borrachos, como siempre. Pedro Núñez acaba de entrar apoyado en muletas; le falta una pierna.)

PEDRO.— (Al terminar el himno.) Bien... Muy bien... (Al tratar de aplaudir pierde el equilibrio. Uno de los jóvenes lo ayuda a sentarse.) El espíritu siempre vivo, ¿verdad?

PRIMERO.— Gracias... a ustedes. Son ustedes los que han sabido dar el ejemplo.

PEDRO.— Gracias... ¿Por favor, podría decirme si éste es el bar que visita la viuda Morales, madre de David Morales?

PRIMERO.— Sí. Acostumbra venir por aquí. (El Joven Segundo apaga la radio.)

PEDRO.— ¿Ha venido hoy?

PRIMERO.— No... No tardará en llegar.

PEDRO.— Bien... Necesito verla... Le traigo una noticia.

CAMARERO.— (Que se ha acercado.) ¿Qué quiere?

PEDRO.— Un café... Tráigame un café, por favor. (*El Camarero lo hará.*) Y ustedes... ¿No han estado en el frente todavía?

SEGUNDO.— No. Mañana partimos. Nos han dado la tarde libre.

PRIMERO.— ¿Cómo es eso por allá?

PEDRO.— ¿Cómo creen ustedes que será?

PRIMERO.— Bueno, uno se imagina cosas.

PEDRO.— Se imagina cosas... No es así.

SEGUNDO.— Terrible, ¿verdad?

PEDRO.— Sí... Al principio... No, no es terrible. Es como todo; cuesta trabajo acostumbrarse. Todo cuesta trabajo. Si nos dijeran ahora mismo que ya no hay problemas, que todo está bien, ¿qué creen que pasaría? ... Nos sentiríamos más despistados que un pulpo en un garaje... Lo que digo es: ¿qué haríamos? ... No sabríamos qué hacer, ¿verdad? ... Pues es lo mismo, no sabemos qué hacer. No sabemos si tenemos miedo o no; luego, si es bueno o malo tenerlo... Finalmente, se acostumbra uno.

PRACTICO.— Sí. El hombre se acostumbra a todo. Y no es necesario que se comience el aprendizaje desde pequeño; a cualquier edad está bien. Miren ustedes. A cualquiera de ustedes lo sentamos en una silla y le empezamos a dar cucharaditas pequeñas de mierda; al principio harán muecas terribles, pero al mes: tremendo plato con moño y muy sonreídos. Después de todo, es lo mismo: mierda por delante y mierda por... Aj, estoy embarrado. (*El Joven Tercero ríe.*)

PEDRO.— Creo que he comprendido lo que quiere decir. No debería pensar eso. No está bien.

PRIMERO.— No le haga caso. Es un borracho. Siempre está borracho.

TERCERO.— Condición indispensable, según parece, para ver las cosas claras.

PEDRO.— Si tomamos a juego estas cosas...

SEGUNDO.— No haga usted caso. Síguenos diciendo.

PEDRO.— ¿Qué?

SEGUNDO.— Sobre el miedo y esas cosas.

PEDRO.— Ah, sí, el miedo... En realidad y en conclusión... el miedo es como... como un frío en la barriga; como si de pronto tuviéramos que ir al sanitario. Pero allí no hay sanitarios. No hay ni que pensar en ello. Se tiene el fusil en las manos y sólo hacia el frente se puede caminar. Se suda. Pero pronto el sudor no importa, y luego, sin saber cuándo, se convierte en odio, furia, ¿qué sé yo?

Ya no se escucha nada. Sólo una cosa: la orden de cesar, y entonces todo recomienza.

SEGUNDO.— No está muy claro.

PEDRO.— No. Hay que estar allá. A mí también intentaron explicármelo y fue inútil... Hay que estar allá.

TERCERO.— Es una lástima que no se pueda comunicar, ¿verdad? Si se alcanzara a comprender antes de ir, las deserciones serían la regla. Lucharían los soldaditos atados con cadenas.

PEDRO.— No es cierto... Si yo pudiera volver, volvería. Sólo siento haber perdido la pierna porque no puedo seguir luchando. Usted está equivocado...

TERCERO.— Sí, sí, lo reconozco. Estoy equivocado. Ni siquiera la experiencia personal hace sentar cabeza. Parece que es más fácil perder una pierna que conseguir un cerebro.

PRIMERO.— Oye, tú, ¿no te da vergüenza? ... ¿Cómo te atreves a burlar a un héroe?

TERCERO.— ¿Yo burlarme de él? ... Primero me cortaría la cabeza... Le tengo lástima... A él y a ustedes que sí se ríen de él. A lo mejor ya se ha llegado a creer que es un héroe. Ustedes lo creyeron desde siempre; claro, le falta una pierna. A los héroes que gobiernan no les falta nada que no sea vergüenza; pero a los héroes gobernados lo menos que puede faltarle es una pierna. No, si él es dichoso. Puede considerarse dichoso. Yo conocía muchos héroes a quienes le llegó a faltar la vida. Una pierna no es nada... ¿Y cuál es el precio de una pierna? : una medalla. Una carcajada de plata o de oro que se prende en el pecho de la ignorancia... No, vuelvo y me equivoco. El precio de una pierna es un carro que necesita bisagras para doblar las esquinas. Naturalmente, el carro no es para el que pierde la pierna; pero no importa...

PRIMERO.— ¿Te vas a callar?

TERCERO.— ¿Sabes que ya no volverás a ver tu pierna? ... Es una lástima. Seguramente era una bella pierna.

SEGUNDO.— No estamos dispuestos a seguir...

TERCERO.— Una bella pierna... Y ahora tendrás que soportar que los cobardes como yo te griten por la calle: "Pata de palo, pata de palo".

PRIMERO.— Si no cierras la boca...

TERCERO.— Ten cuidado; a ti también pueden gritarte lo mismo a partir de mañana... ¿Qué clase de entierro prefieres para tu pierna? ¿Cuál pierna prefieres que te entierren? ... Y tú, no hagas eso: no vayas de nuevo al frente; podrías ver a un perro con el hueso de tu pierna en la boca. ¿O es que te has llegado a creer

que la pusieron en una caja de cedro o de caoba? ¿No crees que sería muy deprimente ver...? (El Joven Primero le lanza una botella, pero ella se cae.) Mal, muy mal... Si es así que van a disparar de seguro perderán la guerra. (Ríe. El Joven Primero se lanza sobre él, quien cae con una trompada lo hace rodar por el suelo.)

PRIMERO.— (Incorporándose.) Maldito te voy a... (El Joven Segundo lo sujeta.)

TERCERO.— No pierdas tus bríos conmigo; yo no valgo la pena... Mal estaría el Estado si le mataran los soldados antes de llegar al frente... No, no lo tomes a mal. No te amenazo. No tengo intención de matarte. Yo no puedo; soy civil... Simplemente, no me parece justo que te pasara algo antes de lo dispuesto. Cómo dañarlo... El espectáculo a la "Heroificadora S.A." Aunque no tan "A"... El producto está completamente preparado: el pollo pelado usaron agua caliente para pelarlo? —, enlatado en verde botas... Etiquetas que indican el nombre y el país, con hermosas de plomo... ¡Qué lindos! ... ¿Conocen ustedes los abrelatas? ... Son pequeños, dolorosos...

PEDRO.— No está bien... Tampoco está bien eso... debemos mantenernos unidos. No discutir. ¿Sabe lo que haría con usted? ... Lo encontraría en la cárcel... ¿Por qué sembrar confusión? ... Por qué? ... El estado de guerra no se debería permitir... Cualquier sacrificio por la Patria es pequeño. Fusilarlo debían... Yo me encuentro conforme...

TERCERO.— Está bien... Está bien...

PEDRO.— Claro que no me gusta haber perdido mi pierna. No, he pasado mucho eso... Ya sé que seré un lisiado para toda la vida, pero mis hijos... Mis hijos... Todavía no he tenido hijos.

TERCERO.— Perdona... Perdóname... No debí decir... No sé. Todos estamos un poco locos... Sí, los hijos. Yo también pienso en los hijos que podría tener. Pienso en los hijos y de repente pienso otra cosa... yo también soy hijo, y usted también es hijo y hay muchos niños que mueren. Llevamos muchos siglos inmolando hijos en defensa de los hijos... No, no me hagas caso. Me he portado como un estúpido. Como lo que soy... ¡Si yo encontraré alguien que me explique! ... Lo sé lo sé... Debo respetarlo. Usted ha perdido una pierna por mí. Muchos han perdido la vida... Están equivocados... ¿Están equivocados? ... ¿Yo qué doy por los demás? ... Nada... palabras; nada... ¿Estoy yo equivocado? ... No, no estoy hablando con ironía, ahora, lo juro... Los admiro por lo que hacen y a la vez lo que hacen me parece estúpido... No entiendo nada... Nada... mejor es no hablar... (Se sirve un trago y va a apurarlo.)

PRACTICO.— Te lo había dicho... Lo mejor es beber. Cuando se bebe no se puede hablar... (El Joven Tercero deja el vaso sin probarlo. Hay un largo silencio.)

TERCERO.— No hablar... Morirme... Lo mejor es no nacer... Que nazcan los otros, no yo... (Intenta reírse, pero su voz se quiebra en un sollozo.) ¿Lo ve, lo ve? ... Hasta de mí mismo me estoy riendo... ¿Dónde está la dignidad? ... Un pequeño resto debería quedarnos... Pero no, ni una huella... No... No puedo reírme de mí mismo... No puedo reírme de mí mismo. (Esconde la cara entre las manos. Pedro Núñez lo mira. Duda un momento. Trata de levantarse pero se le cae la muleta. Al oír el sonido el Joven Tercero destapa su rostro y se la recoge.)

PEDRO.— Gracias... (El Joven Tercero se va a marchar. Pedro lo detiene con un gesto.) Siéntese... Por favor... (Lo hace.) Yo... Yo... no sé; nunca he sido bueno para explicar. Ya ve; hace un momento me volví un disparate con eso del miedo... Yo... Yo comprendo lo que usted dice. Pero lo comprendo, como me suceden todas las cosas. Como de seguro le sucede a los animales: sin saberlo... No, no está bien que vayamos a que nos maten, pero, ¿qué decir? ... Yo estoy vivo y la vida es hermosa... Yo... quisiera explicártelo, pero no sé... Tampoco yo sé... Perdona... (El Joven Tercero va a hablar, pero se da cuenta que de hacerlo lloraría. Le toma la mano a Pedro y la aprieta con fuerza. Con un sollozo ahogado lo suelta, se levanta y va a ponerse de espaldas. Silencio largo.)

PRACTICO.— Atención... Atención... Se comunica que todas las bebidas alcohólicas han sido liberadas de impuestos... Oye tú, despiértate. ¿No escuchas? ... Despiértate, despiértate... Una vez hubo un joven que tenía puesta la cabeza sobre los hombros y todos lo miraban como si fuera... No. No es tiempo ahora de cuentos... (Entra la Madre, en silencio.)

PEDRO.— Señora... Señora Morales...

MADRE.— Pedro Núñez... Soldado Pedro Núñez... Qué alegría verte...

PEDRO.— He venido a hablarle...

MADRE.— Pensaba que a ti también... ¿Ha dicho que vienes a hablarme? ... ¿Tienes noticias para mí? ... ¿Tal vez vienes a decirme que...? No, no... Ya sé... Ya sé... Sus últimas palabras... Pensó en mí, ¿verdad? ... ¡Oh, tu pierna...! ¿Qué le ha pasado a tu pierna? ... Una pregunta tonta. Perdona... Soldado Pedro Núñez, es una lástima... Lo siento... Lo siento... Pero, habla, habla... Decías que habías venido a... Oh, Dios... Es como una enfermedad, ¿Sa-

bes? No se acaba una de conformar con la idea. No la llega a comprender... No llega una a acostumbrarse... a conformarse...

PEDRO.— Y hace bien... De eso venía a hablarle... David no ha muerto... Está vivo.

MADRE.— No. Ya sé. Ha habido una confusión... El que está vivo no es mi hijo. Es otro.

PEDRO.— Es él... Es él...

MADRE.— Yo he visto su madre. Su madre es otra; no soy yo.

PEDRO.— Es usted. Aquella no es más que una impostora. Yo se lo puedo asegurar.

MADRE.— Sí... Tú estabas con él. Tú puedes saberlo. ¿No ha muerto? *(Se sienta.)*

PEDRO.— Hubo una confusión. A mí también me dieron por muerto. Estábamos en la misma trinchera. Cayó un proyectil de mortero. Yo perdí el conocimiento. Eso fue a media tarde. Me dijeron después que a la mañana siguiente me encontraron... Al principio creyeron que estaba muerto... Mi nombre fue a la lista de bajas... El de David también... fue un error.

MADRE.— Pero... ¿tú lo has visto después de eso?

PEDRO.— No... pero... No puede ser otro. Yo lo sé; he oído las noticias. Es David Morales; de nuestro regimiento, de nuestra compañía. No había otro David Morales ni en la compañía ni en el regimiento. Todo corresponde. Los partes del ejército dicen que, después del bombardeo fuerte de esa tarde él salió de una trinchera. De nuestra trinchera, ¿se da cuenta? y se adelantó y dirigió la batalla y la batalla fue ganada. No hay equivocación posible. Esa mujer que se hace pasar por su madre no es más que una comerciante. Es su hijo, doña, es su hijo.

MADRE.— No quiero creerte, ¿sabes? ... No quiero creerte... *(Se levanta y camina.)* ¿Sabes lo que me he dicho?... Cómo el vientre de una campesina puede parir un héroe tan grande... Yo no le enseñé nada de eso... Por eso te digo que tiene que ser otro... No. No te creo *(Se sienta y vuelve a levantarse en un segundo.)* ¿Y si fuera verdad? ... ¿Y si fuera verdad? ... La Virgen María era una pobre mujer, eso dicen... Sería tan precioso... ¿Sabes todos? ... Volvería a vivir... Yo tengo un pequeño sembrado en mi casa y él era quien lo cultivaba... No quería volver allá y ver cómo se secaba todo... Yo ya soy una pobre vieja y no tengo fuerzas para trabajar la tierra. Pero no, no es por eso... Fuera tan hermoso poder estar nuevamente con él. Es un poco dormilón; haragán no, sólo dormilón, y yo, todas las mañanas fingía enojo para despertarlo y él se

hacia el remolón. "David, David, que te levantes te digo", y entonces, tan hermoso, con toda su juventud, él me sonreía... me sonreía... Volverá a sonreírme... Volverá a sonreírme... ¿Por qué no? ¿Por qué no?... Mi vientre es tan limpio como el de cualquiera... Es él... Yo sé que es él... Está vivo...

PRACTICO.— Señora... Yo le aconsejaría... Todo esto no está muy claro... Puede que sea otro engaño... No se entusiasme demasiado que puede...

MADRE.— Cállese... Cállese... ¿Quién es usted para saber? Está vivo y es lo más grande que ha nacido en este país. Lo más grande, ¿lo oye? ... Sí ya sé: le tiene envidia... Ya quisiera usted ser como él. Ya quisieran todos ser como él... ¡Viva David Morales!

PEDRO.— ¡Viva!

PRIMERO.— ¡Viva!

SEGUNDO.— ¡Viva! *(Se escucha una sirena, fuerte como un aullido. El Borracho Político se despierta.)*

POLITICO.— ¿Qué pasa? ... ¿Qué pasa? ... ¿Ganamos? ... Esa sirena... ¿Por qué esa sirena? ... El radio... ¿Qué pasa con el radio? ... *(Se levanta dando tumbos y enciende la radio. La Madre, no sabe por qué, queda petrificada.)* Se pasan la vida discutiendo tonterías y no se enteran de lo que sucede. Hay que escuchar la radio. Pero no, desde que doy la espalda, la apagan. No hago más que dar la espalda y...

MADRE.— Silencio... *(Se escucha la marcha ahora fúnebre.)*

SEGUNDO.— Música fúnebre.

PRIMERO.— ¿Qué pasará?

MADRE.— Silencio... *(Sin fuerzas.)* Silencio...

LOCUTOR.— Nos vemos en el triste deber de comunicar que el máximo, el insuperable, el único, David Morales, ha caído en el cumplimiento de su deber. En el último momento, cuando sólo le faltaban minutos para saborear su completo triunfo, las balas asesinas taladraron su pecho. Hoy es un día de luto para nuestro país. Hoy es un día de luto para el universo. *(Continúa la música. La Madre no ha hecho ningún gesto. Todos se sientan evadiendo mirarla. Toma su bulto y va a marcharse. Por un momento parece como si se fuera a desmayar. El Joven Tercero se lanza y la ayuda. Ella dice: gracias, aunque su voz no se escucha. Se miran largamente. El dice algo. Ella baja la cabeza. El vuelve a hablar. Ella intenta sonreír. El toma el paquete de sus manos, mientras ella habla. Los dos comienzan a salir muy lentamente.)* Nuestro país al fin es libre. Pronto volverá a reinar la paz que con tanto esfuerzo y con

tanta sangre ha sido ganada. Que sirva de ejemplo la actitud de David Morales, que sirva de ejemplo para las jóvenes generaciones venideras. El supo ofrendar su vida en aras de la libertad. El, hoy ha pasado a la gloria; se ha convertido en un camino por el cual tendrán que dirigirse nuestros hombres hasta el final de los siglos. (*Lentamente se cierran las cortinas.*)

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Santo Domingo,
diciembre 29 del 1964.

Los hijos del fenix

*Noticiero y comerciales
interpelados con escenas grotescas*

*A mi hermana llamada Ivonne;
terrible crítica.*

PERSONAJES:

Trobo
Tribo
Trabo
Flemo
Flimo
Flomo
La voz de un narrador
Una voz
La voz de una narradora
(Personajes de las noticias)